

ENIGMAS DE DESTRUCCION

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Datos del libro

Título Original: *Enigmas De Destrucción*

Colección: La Conquista Del Espacio 643
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.59
Generado por: Nobalgina, 08/12/2012

CAPÍTULO I

Aina se adelantó. Era la capitán del equipo femenino de festa-bol representativo del último curso de la facultad de medicina operativa. De allí saldrían con la graduación de médicos operativos de tercer grado y si querían prosperar en su profesión, habrían de iniciar nuevos cursos para alcanzar el grado «dos» o el grado «uno».

Las jóvenes iban vestidas con sus equipos de juego y cubiertas con *chandals* que liberaban sus movimientos y al mismo tiempo las protegían de cualquier enfriamiento.

Acababan de jugar un partido de festa-bol en el recinto de la feria de los inventos, un lugar donde las marcas comerciales y los inventores en solitario presentaban sus grandes o pequeños inventos que para ellos siempre eran maravillas.

—¡Eh, mirad, un refugio antitodo! —señaló Aina, festiva.

Las muchachas se fijaron en aquel extraño refugio que al parecer carecía de ventanas. Era como una gran cisterna de forma cilíndrica de unos veinticinco o treinta pasos de larga por unos seis o siete de ancha. En uno de sus extremos poseía una compuerta que debía cerrarse herméticamente. Aquel refugio tenía algunas prominencias exteriores en las que se colocaban los sensores.

—Podéis estar seguras de que lo resiste todo —dijo un hombre de mediana estatura y muy delgado. Era casi todo huesos y poseía una gran mata de cabellos blancos. Era ya mayor, pero sus ojos brillaban con energía.

—¿Y qué es antitodo? —preguntó Denia.

Su estatura era muy parecida a la de Aina, sólo que sus cabellos tenían una tonalidad amarillo verdosa de la que ella se sentía particularmente satisfecha.

Se consideraba una hembra muy atractiva, aunque se podía

decir, sin temor a equivocarse, que todas las muchachas del equipo de festa-bol eran hermosas, además de jóvenes e inteligentes, puesto que de lo contrario no estarían a punto de graduarse como médicos operativos.

Aina preguntó:

—¿Y qué tiene este refugio que no posean otros?

—Muchas cosas, la principal es que no está en el subsuelo si no libre sobre la superficie y una base de mercurio lo mantiene siempre estabilizado.

—Para estar seguros si hay un cataclismo, lo mejor es estar arriba —dijo Denia, señalando el cielo.

—Puede ser, pero éste es un refugio para estar seguros sobre la superficie de nuestro planeta Kolan.

—¿Y qué es lo que puede suceder? —preguntó otra de las muchachas.

—Sí, eso, ¿qué puede suceder? —dijo otra de las jóvenes—. Todo está siempre seguro.

—Nunca se sabe. Lo imprevisto, el gran cataclismo, puede ocurrir en el momento menos pensado. Si queréis verlo, podéis entrar.

—Sí, vamos a ver —aceptó Aina.

Las diez jóvenes enfilaron por la pequeña rampa que ascendía hasta la estrecha compuerta que resultó ser doble, una interior y otra exterior, y entraron en el refugio que no era unifamiliar sino para pequeñas comunidades de hasta treinta personas.

—Eh, mirad, está hasta decorado —exclamó una de las chicas.

—Aquí hay de todo —dijo Plaudio, el inventor y constructor del refugio antitodo que exhibía en la feria de los inventos.

Denia dijo:

—Hay literas abatibles.

—Pantallas de diversión —apuntó Aina.

—Y de recepción de datos —puntualizó Plaudio—. También hay un gimnasio, pequeño pero suficiente si los aquí refugiados se turnan. Hay provisión de agua, agua que, por supuesto, tiene un ciclo de recuperación completo.

—¿Cuánto tiempo se puede estar aquí dentro? —preguntó Aina.

—Unas siete mil horas, que es aproximadamente lo que nuestro planeta Kolan tarda en dar la vuelta a su estrella-sol.

—¿Y hay para leer? —quiso saber Aina.

—En cualquiera de las pantallas de recepción de datos pueden aparecer las páginas de los libros más densos. En la memoria del ordenador hay una biblioteca completa de las más grandes.

—¿Y alimentos? —preguntó otra muchacha.

—Los hay, y botiquín, no falta de nada.

De súbito, la luz comenzó a parpadear y se escuchó un timbre chicharra que producía un ruido en forma intermitente.

—¿Qué pasa? —preguntó Aina.

Denia se burló:

—Ahora nos va a hacer una demostración de seguridad, ya lo veréis.

—Algo raro ocurre —gruñó el inventor—. El sistema de seguridad se pone en marcha de forma automática.

Miraron un panel de control y se fueron encendiendo luces rojas. La compuerta se cerró y la chicharra dejó de sonar.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Denia.

—Pues, que no podemos salir —dijo Plaudio, palideciendo.

—Oiga, no será un viejo verde, ¿eh? —inquirió otra de las jóvenes.

—Señoritas, esto no es una broma. Este refugio estaba terminado y en perfecto funcionamiento. Si los sistemas de seguridad se han conectado ha sido porque afuera ocurre algo.

—Vamos, vamos, ¿ahora quiere asustarnos? —bromeó Aina—. Abra la puerta y saldremos todas. Diremos que su invento es el que más nos ha gustado, no se preocupe.

—No lo quieren entender —les dijo Plaudio tratando de dar el máximo de seguridad y gravedad a sus palabras—. Esa compuerta ya no se puede abrir hasta que las condiciones en el exterior hayan mejorado.

Aina frunció el ceño y muy seria preguntó:

—¿Trata de decirnos que se va a producir un cataclismo?

—No es que se vaya a producir, es que debe estar produciéndose ya.

—¿Qué clase de cataclismo?

—Lo ignoro, pero no saldremos de aquí hasta que el ordenador compruebe que las condiciones en el exterior son adecuadas para nuestra supervivencia. Ya saben, temperatura, presión atmosférica,

grado de posible radiactividad, etcétera.

—Nos está tomando el pelo —se quejó Denia que también se había puesto seria, casi sombría.

—No les tomo el pelo. Lo que nunca podía ocurrir, ya ha llegado.

Se acercó al ordenador y tecleó en la pantalla de recepción de datos. En caracteres de color rojo apareció escrito:

DISMINUCIÓN DE FOTONES.

AUMENTO DE PRESIÓN ASCENDENTE Y AUMENTO DE LA TEMPERATURA ASCENDENTE.

SITUACIÓN PELIGROSA.

—¡Abra la puerta! —gritó una de las jóvenes.

—Lo siento, no se puede abrir, se cierra automáticamente.

—Un momento, un momento —pidió Aina—. No irá a decir que no posee una apertura de puerta manual...

—Exactamente, señorita. No existe la posibilidad de abrir la puerta manualmente.

—¡No es posible! —casi gritó Denia—. ¡Siempre ha de haber una posibilidad manual!

Aina le reprochó a Plaudio:

—Pues nos ha puesto usted en manos de un ordenador.

—Es más fiable que los seres humanos.

Las protestas llovieron sobre el inventor que no sabía cómo contener la furia de las chicas.

Tres de ellas corrieron hacia la compuerta, forcejearon con ella pero todo fue inútil. La golpearon, la patearon y chillaron, cayendo en el histerismo.

—Carecer de posibilidades de apertura manual aumentaba la seguridad del refugio, ya que siempre cabía la posibilidad del sabotaje en alguno de los refugiados.

—¿Sabotaje? —preguntó Aina que no comprendía.

—Sí, alguien podía enloquecer como esas muchachas y si abría la compuerta ponía en peligro al resto de los refugiados. Sólo el ordenador, al alcanzar unos mínimos de seguridad, puede abrir las compuertas.

—¿Aquí no hay trajes de supervivencia? —preguntó Denia.

—Bueno, esto no es una cosmonave. Además, el presupuesto no llegaba para tanto.

—¡Qué locura! —estalló Aina—. ¿Y ahora cómo podemos comunicarnos con el exterior para que vengan a rescatarnos?

—Lo intentaremos.

Plaudio abrió los canales de telecomunicación. En primer lugar intentó captar una emisión televisiva, pero inmediatamente aparecieron rayas en la pantalla. Se distorsionó la imagen del locutor y la voz se hizo ininteligible.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó otra de las chicas que al mover su cabeza parecía agitar una antorcha encendida, ya que su cabello era rojo fuego.

—Hay interferencias muy fuertes por lo visto —intentó explicar Plaudio ya nervioso, incapaz de enfrentarse a las diez muchachas.

—Por favor, callémonos, dejémosle salir adelante —pidió Aina —. Todos estamos en problemas.

—Eso, que se callen y me dejen trabajar —gruñó Plaudio.

Aina pidió:

—Envíe un mensaje al centro de seguridad ciudadana.

—Eso haremos ahora mismo —aceptó Plaudio. Frente al micrófono, con todos los canales de telecomunicación abiertos, comenzó a hablar—. Atención, atención, esto es una llamada de socorro… Habla Plaudio, estoy dentro de un refugio de mi construcción dentro del recinto de la feria de inventores.

—Dígales que nosotras estamos aquí —exigió Denia.

—Atención, atención… Soy Plaudio y estoy dentro del refugio de mi invención en la feria de inventores. Conmigo hay diez muchachas que pertenecen a un equipo deportivo.

—Al equipo de festa-bol de la facultad de medicina operativa — puntualizó Aina.

Plaudio terminó de lanzar el mensaje. Luego, oprimió un botón y suspiró. Se volvió hacia ellas y dijo:

—Este mensaje saldrá en todas las bandas de telecomunicación, de modo que alguien lo captará y se irá repitiendo cada veinte segundos durante la primera hora. Después, lo hará cada minuto.

—¿Y cuándo nos vendrán a rescatar? —preguntó la pelirroja.

—Eso ya no depende de mí —respondió Plaudio.

Aina inquirió:

—¿Y no hay posibilidad de ver el exterior?

—Sí, claro que sí.

—Este trasto no tiene ventanas, es ciego —se quejó Denia.

—Las ventanas son puntos débiles a la resistencia, lo que sí tenemos son telecámaras. Ahora veremos qué pasa.

Encendió la pantalla y por control remoto movió las telecámaras exteriores. Fue Aina la que pidió:

—Déle más luz.

—Ya está toda —respondió el inventor. Tecleó y el ordenador les facilitó unos datos que él leyó en voz alta—. En el exterior sólo hay diecisiete punto cinco de luz, lo que es muy poco, y parece ser que va descendiendo, es como si se hiciera de noche rápidamente.

—¿De noche? —repitió Denia, consultando su reloj—. Es imposible, estamos en el mediodía, aún no hemos almorzado. ¿Verdad, chicas, que este inventor está chiflado?

—¡Sí, está chiflado! —gritaron todas.

—Bueno, bueno —trató de apaciguarlas Plaudio.

—Chicas, apartaos un momento —pidió Aina. Cuando quedó sola cerca del inventor, le preguntó en voz baja—: ¿De verdad que todo esto no es una broma?

—No, no se trata de ninguna broma. Afuera, la cantidad de luz disminuye, la temperatura aumenta y la presión atmosférica, también.

—¿Qué temperatura hay ahora en el exterior?

—Sesenta grados centígrados hace unos instantes—. Miró de nuevo la pantalla de datos y rectificó—: Sesenta y uno.

—¿Qué ocurrirá si aumenta la temperatura?

—No sé, no estoy seguro, pero de momento, con esta temperatura tan elevada lo que ocurrirá es que el agua en libertad entrará en un proceso de rápida evaporación.

—¿Y la gente que está afuera?

—Tendrán que buscar lugares apropiados para aislarse del calor.

—¿Y si continúa aumentando la temperatura?

—Se cocerán, sin duda alguna.

—Y este trasto dentro del cual estamos, ¿qué temperatura puede resistir? Me refiero a temperatura exterior.

—Como máximo, algo más de seiscientos grados.

—¿Y en el supuesto de que la temperatura exterior sobrepasaba esa cifra?

—Se fundiría, pero no temáis, antes de fundirse ya nos

habríamos muerto todos.

—Pues sí que es un alivio —comentó Aina, irónica.

—Esperemos que esa temperatura y todos los fenómenos que la acompañan sólo sean muy localizados y a unos cientos de kilómetros de aquí no suceda nada anormal.

—¿Y si esto ocurriera en todo el planeta?

—Me estás planteando demasiadas hipótesis —se quejó con un suspiro.

—Tenemos derecho a saber lo que nos espera, ¿no? —le inquirió, ligeramente agresiva.

—Pues, se secarían los lagos, los ríos, los mares y océanos. Los casquetes polares se fundirían y el agua también se evaporaría.

—¿Quiere decir que toda esa gran cantidad de agua se evaporaría?

—Sí, se crearía una densa esfera de vapor de agua.

—¿Y después?

—Ocurrirían cosas muy desagradables.

—¿Como qué?

—Las grandes masas de agua actúan como contrapeso en las placas continentales. Al evaporarse el agua se producirían múltiples cataclismos, seísmos espantosos. Unas placas continentales montarían sobre otras. El suelo, en desniveles de altura de más de veinte kilómetros, se rajaría por múltiples lugares y afloraría el magma ígneo que correría como ríos de fuego que desprenderían gases tóxicos que envolverían todo el planeta. Lo que sí es seguro es que en estas condiciones nada vivo subsistiría.

—¿Quiere decir que el planeta se convertiría en estéril?

—Peor que eso, inhabitable. No quedaría absolutamente nada vivo en estas condiciones.

—¿Y si luego la temperatura baja?

—Caería un diluvio fantástico, como jamás se ha recordado. Toda el agua evaporada volvería a caer sobre el planeta, lo que provocaría nuevos cataclismos. El agua caería sobre los ríos y mares de lava y se produciría de nuevo mucho vapor, en medio de relámpagos y truenos que no cesarían.

—¿Y si pasan las siete mil horas y todo no ha vuelto a la normalidad?

—Es mejor que te imagines la respuesta.

—No puede ser, no puede ser —dijo Aina.

Las otras nueve muchachas se les había acercado para escuchar las palabras del inventor que había previsto muchas cosas pero no cómo salir del refugio manualmente y tampoco cómo arreglar un planeta que caminaba hacia su destrucción.

—Pero, ¿qué puede haber ocurrido? —insistió Denia.

—Para mí es un enigma de destrucción, y ya sabéis que un enigma es siempre un misterio. No, no conozco las causas. —Volvió a mirar la pantalla—. Afuera ya no hay luz. —Conectó los infrarrojos: y observó—: Parece que hay cuerpos humanos tendidos en el suelo, no se mueven.

—¿Muertos? —preguntó Aina.

—Probablemente, ya no podemos hacer nada por ellos. Afuera ya hay ochenta grados. Cuando llegue a los cien, habrá comenzado la ebullición constante del agua hasta la total evaporación.

Ninguna gritaba ya, todas estaban pálidas y querían saber más y más de lo que estaba ocurriendo.

—¿Puedo hacerle una pregunta más? —insistió Aina.

—Si puedo responderla —musitó Plaudio, desanimado.

—¿Resistirá su refugio?

Se produjo un cortante silencio que rompió Plaudio antes de volver su rostro hacia la pantalla de datos.

—Eso ya lo veremos. La verdad es que experimentalmente no lo he podido someter a las más duras pruebas de resistencia, eso costaba mucho dinero y yo sólo soy un inventor independiente; sin embargo, confío en mis cálculos teóricos.

—Esperemos que sus cálculos teóricos no fallen.

—Eso, esperémoslo. De todos modos, hemos de confiar en la suerte, porque yo no os puedo garantizar el futuro. La vida en el refugio tiene un tiempo limitado y si lo de afuera va para largo...

Aina le dijo:

—Quiero pedirle un favor.

—Tú dirás.

—En adelante, sea sincero con nosotras pero no tanto.

En aquel instante, varias muchachas estallaron en llantos. Ya sólo les quedaba esperar.

CAPÍTULO II

—No es posible —gruñó Orson.

Joc Ferm, sin apartar sus ojos de la pantalla que tenía delante, dijo sin vacilaciones:

—La señal procede de ese desconocido planeta.

—Ese planeta no puede tener vida —insistió Orson.

—Eso, nunca se sabe —respondió Xai; él tenía a su cargo el control del supra-radar y las telecomunicaciones.

—¿Acaso no veis la gaseosfera que tiene ese planeta? Su espesor es increíble. Además, ese vapor de agua, mezclado con otros gases, está a una temperatura de cien grados.

—Quizá más abajo no esté a esa temperatura —replicó Joc Ferm que era el comandante de aquella cosmonave independiente que llevaba distintivos terrícolas, aunque no era fácil decir que Orson fue un terrícola. Resultaba demasiado corpulento y velludo, de color pardo y tenía unas uñas tan largas como duras, curvas, como garfios.

Joc Ferm y Xai sí eran terrícolas, con todas sus particularidades.

—Ese planeta está sometido a una intensísima y prolongada tormenta eléctrica. No quedará ningún punto del planeta que no haya sido atacado por los rayos. Es un planeta en evolución.

—Ahí no hay vida aún.

—¿Tú qué opinas, Xai? —preguntó Joc Ferm.

—El mensaje está grabado, pero se sigue emitiendo.

—Ese mensaje puede estar grabado desde hace diez mil ciclos anuales y bastaría que estuviese alimentado por una pila atómica para que siguiera repitiéndose.

—¿Has lanzado nuestra respuesta al mensaje?

—Sí, y no hay contestación.

—Si hubiera alguien vivo, respondería —cortó Orson que no tenía ningún interés en detenerse en un planeta que sólo les ofrecía dificultades.

—Este planeta —comenzó a razonar Joc Ferm— parece ser uno de los atacados por los enigmas de la destrucción.

—Este planeta está muy lejos de la ruta que suponemos han seguido ese o esos desconocidos atacantes que buscamos.

—Sin embargo, tiene demasiadas coincidencias, la gaseosfera posee un elevadísimo tanto por ciento de vapor de agua recalentado.

Orson gruñó ruidosamente y dio un puñetazo sobre la mesa. Luego, las palabras fluyeron por entre sus dientes puntiagudos que le hacían parecer menos humano que los otros dos tripulantes de la cosmonave *Gloc-Gloc*.

—Está visto que no habrá otro remedio que descender…

—Si pudiéramos traspasar esa capa de vapor de agua con nuestros sensores —dijo Xai, pero desesperanzado añadió—: Más, es imposible.

—Yo daré un vistazo con la lanzadera. Vosotros me aguardaréis en órbita. Es posible que mis telecomunicaciones queden distorsionadas como ocurre con esa llamada de socorro que estamos captando. Apenas es audible ni reconocible.

—Perderemos el tiempo —le dijo Orson— y además consumiremos energía, ya sabes que vamos justos. Hemos de aprovisionarnos en el planeta Exterm que está en nuestra ruta.

—Tenemos energía suficiente; otra cosa sería si tratáramos de posarnos con la cosmonave en ese planeta y despegar luego de él.

Orson siguió quejándose.

—Aun poniendo la cosmonave en órbita, tendremos un gasto de energía accesoria para volver a tomar impulso y recobrar la velocidad de crucero.

—Eres un pesimista, Orson.

Joc Ferm pulsó varios botones y la cosmonave cambió el rumbo que llevaba gracias a unos impulsos intermitentes que proporcionaron chorros de energía a los motores laterales. Al mismo tiempo, se frenó y entró en una órbita lejana del planeta Kolan.

—Siempre haces lo que te da la gana —le reprochó Orson.

—¿Qué crees que conseguiríamos llegando unas horas antes al planeta Exterm? —preguntó Joc mientras Xai les observaba sin intervenir. Aquellas discusiones ya eran algo habitual entre Joc Ferm y Orson, dos entes humanos con notables diferencias de racionalidad.

Joc Ferm se vistió con un traje de supervivencia por si se veía obligado a descender de la lanzadera de aproximación y subió a bordo del vehículo ligero.

La portezuela se cerró herméticamente y maniobrando manualmente se metió en el tubo de lanzamiento. La compuerta se cerró tras él, se despresurizó el tubo lanzador y desde allí se puso en contacto con sus compañeros.

—Orson, Xai, voy a abandonar la cosmonave.

—Te oímos bien, suerte —respondió Xai.

Joc Ferm escogió un punto de penetración en la gaseosfera.

Debido a la densidad de la misma y a su terrible espesor, el rozamiento iba a resultar muy fuerte y el aumento en la temperatura de la lanzadera sería peligroso.

Pronto dejó de ver luz y estrellas, ya estaba metido en la densa gaseosfera del planeta Kolan. La lanzadera la perforaba en busca de la corteza del planeta.

No tardó en comprobar que la temperatura del fuselaje de la lanzadera aumentaba rápida y progresivamente y tuvo que poner la refrigeración a tope.

Se hallaba en las entrañas, en el seno donde nacían miríadas de rayos que se ramificaban y extendían en todas direcciones.

Consiguió perforar la densa gaseosfera a la que sería más correcto llamar vaporesfera y se encontró con uno de los espectáculos más sorprendentes que podía contemplar un cosmonauta.

La espesa esfera de vapor impedía el paso de la luz de la estrella sol; como era lógico, tampoco podían verse las dos lunas de Kolan y muchísimo menos las estrellas que componían la galaxia.

Ninguna luz podía perforar la capa de vapor que rodeaba al planeta, condenándolo a una oscuridad total; sin embargo, Kolan estaba iluminado. Los relámpagos eran tantos y tan sucesivos que iluminaban toda su superficie dándole un intenso color violáceo.

El planeta sufría un bombardeo inacabable y, al mismo tiempo,

el constante retumbar de los truenos. No podía decirse que cuando un trueno acababa comenzara otro, no, eran miles de truenos al mismo tiempo y así sucesivamente.

El fragor castigaba el suelo del planeta y el fuselaje de la lanzadera espacial.

La troposfera estaba invadida por los rayos que iban de las densísimas nubes que impedían el paso de la luz a la corteza del planeta.

Era fácil comprender que a través de semejante maraña de rayos y truenos resultaba casi imposible realizar telecomunicaciones extra planetarias, por ello, la señal recibida resultaba tan distorsionada e incomprensible que Orson se había opuesto a la exploración de un planeta que, obviamente, carecía de vida biológica.

La superficie del planeta Kolan carecía de agua, pues toda su agua, convertida en vapor, formaba la grandiosa y casi impenetrable gaseosfera.

Por contra, la troposfera estaba llena de gases venenosos que escapaban de los ríos y lagos de lava ígnea mientras cientos de volcanes lanzaban al aire constantemente miles de toneladas de rocas pestilentes y ardientes humos, volcanes nacidos de lo que fueran los fondos oceánicos ahora descompensados y sin agua mientras las placas continentales chocaban unas contra otras, provocando constantes y demoledores seísmos que modificaban la morfología de la corteza del planeta.

Aquel constante movimiento de montañas y llanuras, valles y cordilleras, pues unas se unían para aparecer otras, hacía que desapareciera todo vestigio de una posible civilización.

Volando por la troposfera que podía tener unos diez kilómetros, entre la superficie del planeta y la densa capa de nubes, Joc Ferm avanzaba con la lanzadera, se filtraba entre los rayos, invulnerable a ellos.

Era una tormenta totalmente seca en la que los rayos caían a millones. Aquello debía ser lo más parecido al infierno del que hablaban las antiguas culturas del planeta Tierra.

Todos los sensores del vehículo lanzadera semejaban haber enloquecido. El constante tronar que sacudía el fuselaje le impedía oír señales. No podría ponerse en contacto con la cosmonave *Gloc-Gloc* y tampoco recibir señal.

Allí en el vehículo lanzadera no se podía oír nada; exponer los oídos al constante y múltiple tronar era volverse sordo en pocos momentos, pues no había tímpanos humanos capaces de resistirlo.

Dentro de aquella luminosidad y después de haber rodeado el planeta siete veces, descubrió una gigantesca grieta, pues podía tener más de dos mil kilómetros de larga por tres o cuatro de anchura y su profundidad no podía verse.

Daba la impresión de que el planeta Kolan iba a partirse por aquella grieta y del fondo de la misma surgían gases de tonalidades rojizas y amarillentas.

Y allí, al borde de la grieta, descubrió lo que parecía un tanque-cisterna que brillaba. Sin duda alguna era metálico y parecía invulnerable a los rayos que caían en su entorno.

Había que evitar la caída de aquello que, sin duda alguna, era contenedor. Por unos momentos pensó que podía ser parte de una cosmonave que se hubiera precipitado sobre aquel planeta.

Se situó sobre aquel recipiente cuyo contenido ignoraba; de lo que no cabía duda alguna es de que era lo único con signos de inteligencia que había en aquel planeta.

Soltó los cables con tenaza de que iba provista la lanzadera. Aquella especie de contenedor era demasiado grande y pesado para la lanzadera, pero arriesgándose, consiguió arrastrarlo unas docenas de metros, apartándolo de la grieta y evitando así su posible caída al fondo.

«¿Qué habría dentro de aquel contenedor ciego?», se preguntó Joc Ferm, perplejo, observándolo desde el vehículo lanzadera gracias a la luminosidad de la lluvia de relámpagos.

CAPÍTULO III

Dentro del contenedor habían acusado el sorprendente movimiento de arrastre y dos de las muchachas cayeron de sus respectivas literas.

Dentro del refugio sonaba música, aunque no conseguían aislarse por completo del constante tronar que había en el exterior.

No era la primera vez que el refugio recibía fuertes vaivenes a causa de los seísmos que habían tenido que sufrir. En las primeras y fuertes sacudidas, el terror se había apoderado de las muchachas, pero Plaudio les había explicado que el refugio tenía la propiedad de autoestabilizarse y así había ocurrido.

Pese a todo lo que les sucedía, se habían acostumbrado a la difícil situación, aunque la desesperanza había cundido en el grupo de jóvenes.

—Y ahora, ¿qué ha pasado? —preguntó Aina.

—No lo sé, hemos sufrido un violento deslizamiento.

—¿Y los golpes?

—Ahora veremos.

Todas conocían el horrible espectáculo de los rayos cayendo por millares en torno suyo, pero se habían tranquilizado tras convencerlas el inventor de que el refugio era invulnerable a los rayos, pues no era conductor eléctrico.

El viejo inventor había descubierto la pavorosa grieta al borde de la que estaban, pero había preferido no mostrarla a las muchachas para no asustarlas más de lo que ya estaban.

Llevaban más de dos mil horas en aquella difícil situación y aunque Plaudio trataba de darles ánimos, se daba cuenta de que no había salida posible. El planeta no se regeneraría en sólo unos pocos miles de horas.

Aunque el refugio pudiera resistir mucho, Plaudio sabía que si caían al fondo de aquella grieta cuya profundidad ignoraban, sería su fin. Posiblemente, en el fondo de la grieta existiera un río de lava con más de mil grados de temperatura y, por otra parte, ya no cabría confiar en ningún rescate.

Con la utilización de las telecámaras exteriores movidas por control remoto, Plaudio trató de averiguar el por qué de aquellos bruscos movimientos a que fuera sometido el refugio de su invención. Como no habían caído al abismo, pensó que podía mostrar lo que cantaran las telecámaras.

Se iluminó la pantalla a color y en tres dimensiones que daba una total sensación de naturalidad. Ni una ventana abierta en el refugio les hubiera proporcionado mayor sensación de verosimilitud.

El sonido estaba reducido al mínimo, pues fuera del refugio continuaba el constante tronar que los aislantes del refugio mitigaban considerablemente.

Los rayos que danzaban de forma infernal y que apuñalaban con saña aquel planeta enloquecido, no impidieron ver lo que se hallaba a unas decenas de metros. La propia luz de los rayos iluminó lo que estaba cerca, muy cerca.

—¡Eh, chicas, mirad, ya han venido a rescatarnos! —gritó Plaudio después de vacilar un instante, creyendo que se trataba de una alucinación.

Todas corrieron frente a la pantalla. No podían creerlo, era la primera vez que veían algo que podía significar esperanza.

—¡Es un vehículo con capacidad de volar! —exclamó Plaudio.

Aina, excitada, preguntó:

—¿Y a qué espera?

—Sí, ¿por qué no viene a rescatarnos? —insistió Denia.

—Ya vendrá, ya vendrá —dijo Plaudio—. Estarán preguntándose si aquí dentro hay alguien.

—¿El mensaje de socorro sale por los canales de telecomunicación? —inquirió Aina.

—Sí. Reduciré al mínimo las pausas entre mensaje y mensaje y además voy a hacer algo que llame la atención de esa nave.

Las muchachas le miraron interrogantes.

Plaudio tecleó en el panel de mandos y casi de inmediato

comenzó a sonar una sirena que también podía oírse desde el interior del refugio.

Al mismo tiempo, en el exterior se encendieron luces rojas intermitentes que sin duda alguna tenían que ser vistas.

Las chicas del equipo de festa-bol quedaron expectantes.

Plaudio dio un brinco al observar que el vehículo avanzaba hacia el refugio, lo hacía lenta pero inequívocamente.

—Eso es que nos ha captado. Se ha dado cuenta de nuestras señales luminosas y acústicas.

Las chicas lanzaron un grito y la excitación del grupo superviviente fue total.

—Parece que los rayos tampoco atacan a esa nave —comentó Aina.

—Tendrá también un sistema de aislamiento electroconductor —opinó Plaudio.

El vehículo lanzadera se situó junto a la escotilla del refugio que era la única abertura posible, ya que carecía de ventanas.

El hombre equipado con traje de supervivencia espacial, aislado pero corriendo el riesgo de que los rayos le golpearan, carbonizándole, llegó hasta la puerta y con la culata de la pistola que llevaba consigo la golpeó. Después, esperó.

Con objetos contundentes, las jóvenes golpearon a su vez, dando así respuesta a la llamada.

—¡Por favor, silencio, calma! —pidió Aina.

—Tienes razón —apoyó Plaudio—. Hemos de hacernos entender con ese hombre que está afuera y que acaba de golpear la puerta.

Se produjo un largo silencio en medio del constante tronar que retumbaba en todo el planeta.

El sabio inventor corrió hacia la pantalla y observó que el hombre vestido con el traje de supervivencia espacial regresaba a su vehículo.

La muchacha pelirroja gritó:

—¡Se va, se va y nos deja aquí!

—Calma, todavía no se ha ido.

—¡Tiene que abrir esa puerta! —chilló, lanzando sus manos al cuello del pobre inventor que tuvo que ser auxiliado por Aina y otra de las muchachas.

Plaudio se puso rojo. La presión sobre su garganta había sido

brutal, pero fue liberado de ella y quedó tosiendo. El inventor, además de delgado y huesudo, tenía ya demasiados años para poder con aquellas jóvenes deportistas pletóricas de vida.

—Hay que tranquilizarse, ese ser vuelve —dijo Aina.

Joc Ferm, al que ellas desconocían por completo, pegó una ventosa a la puerta y no tardó en escucharse su voz en el interior del refugio.

—Imagino que podrán oírme. Si me entienden, den un golpe.

Aina cogió el martillo que antes utilizara Plaudio y golpeó la puerta una sola vez.

—Perfecto. Ahora, para decir «si», un golpe y para decir «no», dos golpes. Díganme si pueden abrir la puerta.

En medio del silencio de sus compañeras, Aina golpeó dos veces.

—¿Son cinco personas?

Dos golpes fue la respuesta.

—¿Más?

La muchacha dio un solo golpe.

—¿Diez?

Aina golpeó una vez.

—¿Este vehículo puede desplazarse por sí mismo?

Dos golpes.

Tardó unos segundos en volverse a oír la voz de Joc Ferm que preguntó:

—¿Necesitan ayuda?

Se escuchó un golpe.

—Bien, iré a buscar refuerzos Un momento, ¿tienen trajes de supervivencia para salir al exterior?

Aina golpeó dos veces.

—Bien. Me voy a ir, pero volveré con ayuda, yo solo no podría liberarles.

—¡Que no se vaya! —gritó una de las muchachas.

—Tranquilicémonos —pidió Aina—. Ha dicho que volverá.

—¿Y si no vuelve? —insistió Denia—. No nos ha visto y no sabemos quién es.

—Si no vuelve, nos moriremos aquí dentro —sollozó otra de las jóvenes.

A través de la pantalla. Plaudio pudo contemplar cómo el vehículo-lanzadera remontaba el vuelo alejándose de aquel infernal

lugar hasta perderse de vista en el entramado de rayos.

—Ese ser cuya lengua casi se hace ininteligible para nosotros es el único que puede salvarnos —musitó el inventor, ya recuperado —. Tengamos confianza.

—¡Sí no vuelve, moriremos aquí dentro! —chilló una de las chicas—. ¡Lo sé, lo sé!

Aina la abofeteó con dureza, cortando sus gritos. Se produjo un silencio y quedaron a la espera. Ellas no podían hacer nada.

Aunque la puerta pudiera abrirse, afuera les aguardaba la muerte. Gases venenosos, altas temperaturas, falta de oxígeno, rayos por millones... Incluso, estaba el constante tronar que hacía vibrar las pequeñas piedras.

CAPÍTULO IV

Cuando Xai y Orson terminaron de oír la exposición de los hechos que acababa de hacer Joc Ferm, se miraron entre sí. Orson gruñó:

—No pretenderás que bajemos con la cosmonave, ¿verdad?

—Sólo con ella podemos rescatar a esa gente que está metida en ese refugio.

—No es problema nuestro —replicó Orson—. Podemos proseguir viaje hacia el planeta Exterm y dar la alarma. De allí saldrá una expedición de rescate interplanetaria.

—No, no podemos abandonarlos ahí a su suerte —replicó Joc Ferm.

Xai dijo:

—Yo opino lo mismo.

—Es que no se puede ir por los espacios siderales con tantas contemplaciones. Si gastamos la energía ahora, ¿cuándo llegaremos al planeta Exterm?

—No es urgente llegar al planeta Exterm —le puntualizó Joc Ferm.

—Allí hemos de reponer combustible para seguir nuestra búsqueda por el cosmos. Sin energía jamás podremos hallar la solución a los enigmas de destrucción y sólo descubriendo la verdad, aportando pruebas concretas, obtendremos la recompensa.

—Estamos buscando una recompensa importante para poder comprar una de las mejores cosmonaves que puedan surcar el cosmos, pero no vamos a abandonar a su suerte a unos seres olvidados dentro de un refugio en un planeta perdido.

—Ni siquiera sabemos quiénes son —insistió Orson que no se quería dejar convencer—. Si por lo menos pagaran un rescate por ellos.

—Somos caza recompensas espaciales, pero no piratas —le puntualizó Xai.

—No quisiera encontrarme en un apuro como esos seres y que pasaran junto a mí posibles rescatadores que me abandonaran a mi suerte por no gastar energía o por no perder tiempo. Además, está de por medio la carta de la *Hermandad Galáctica* y el no prestar ayuda puede significar la retirada de la licencia de piloto espacial

—Bah —exclamó Orson despectivo—. Con alejarse de la Confederación… Hay muchos planetas donde se puede vivir y muchos espacios que poder cruzar

—De todos modos, llevamos licencia de la Confederación y frente a las policías guardaplanetas hemos de presentar una documentación —contestó Joc Ferm que trataba de asegurarse el asentimiento de Orson por la vía del temor, ya que no lo había conseguido por el sentido del humanismo y la ayuda al prójimo, sin preguntarse a qué civilización pudiera pertenecer.

—No encontraremos jamás la solución a los enigmas de destrucción y tendremos que buscar trabajo en cualquier mina perdida en algún asteroide errante o, si nos admiten, como milicianos espaciales.

—A ti no creo que te admitan.

—Si te burlas de mi pelaje, Xai, vas a conocer la dureza de mis garras —advirtió Orson, molesto.

—Os advierto que es un espectáculo fantástico desplazarse entre los rayos.

—Esperemos que no nos achicharren la cosmonave —se quejó Orson.

Joc Ferm se puso al mando de la *Gloc-Gloc* que se introdujo en la densa gaseosfera, atravesándola con cierta facilidad, ya que su blindaje y aislamientos eran superiores a los de la lanzadera. Llegaron a la troposfera, iluminada por la lluvia de relámpagos atronadores.

—Fantástico es poco —exclamó Xai ante tanta luminosidad—. Qué cantidad de energía se desencadena sobre la corteza de este planeta.

—Eso quiere decir que antes se ha desencadenado otra energía para evaporar toda el agua.

—Así es como terminan los planetas que sucumben bajo lo que

hemos dado en llamar enigma de destrucción.

—¿Creéis que éste ha sido uno de los planetas atacados por ese extraño poder? —pregunto Xai.

Joc Ferm hizo la aproximación de la cosmonave con mando manual y avanzaron con mucha lentitud. El refugio estaba ya a su alcance.

Después de observar por la pantalla, Orson opinó:

—Hemos de utilizar el acordeón.

—Sí, no puede hacerse de otra manera porque carecen de trajes de supervivencia.

Situaron la cosmonave lo más cerca posible del refugio mientras el suelo seguía temblando por rayos y truenos y de la profunda grieta brotaban los gases venenosos y calientes.

El propio Orson maniobró el túnel acordeón cuyo extremo se pegó a la pared del refugio. Un sistema de cierres neumáticos aisló perfectamente el túnel por el que se introdujo el propio Joc Ferm con un cortador de metales supra-láser,

Primero golpeó y después aplicó el altavoz a la pared del refugio y habló por él.

—Les vamos a sacar, pero díganme si justo detrás de donde voy a golpear hay algo que pueda resultar peligroso o no.

Golpeó y no tardó en obtener respuesta, dos golpes que le dejaron tranquilo.

Puso en marcha el cortador de metales. Había escogido una pared al azar en vez de la puerta, pues suponía que la puerta, por el hecho de serlo, estaría más reforzada.

Hizo un corte oval en la pared y de una patada la empujó hacia el interior. Casi inmediatamente escuchó gritos de mujeres y, casi alucinado, Joc Ferm se vio acosado por un grupo de bellísimas muchachas que se peleaban por salir.

—Despacio, despacio —pidió el hombre.

Las muchachas corrieron por el túnel acordeón que las aislaba perfectamente del exterior. Xai y Orson también quedaron muy sorprendidos ante la invasión de jóvenes y atractivas hembras.

El último en salir por el agujero fue Plaudio que le dio un abrazo a Joc Ferm.

—Gracias, gracias, nos han salvado de una muerte horrible.

—¿Qué les ha pasado? —quiso saber Joc Ferm.

—No lo sabemos. Nos quedamos encerrados por funcionamiento automático de los sistemas de seguridad del refugio.

—¿En qué cosmonave llegaron?

—En ninguna, nosotros estábamos aquí en una feria.

—¿Este planeta estaba habitado? —inquirió Joc Ferm, sorprendido.

—Sí, por una civilización muy próspera.

—Pues ya no quedan ni vestigios. Se ha convertido en uno de esos planetas de los que se cuenta que jamás han tenido civilización alguna porque todo se ha fundido o desintegrado.

Cuando regresaron al interior de la cosmonave, encontraron a las muchachas abrazadas a Xai y al feo de Orson.

—¡Harán falta víveres! —advirtió Orson, en medio de dos chicas. El inventor dijo:

—En el refugio tenemos víveres y agua.

—Pues hay que ponerse a trabajar inmediatamente para trasladar todo lo que sea necesario —apremió Joc Ferm.

—¡Chicas, a trabajar, ha llegado la hora de nuestra libertad! —les dijo Aina.

Plaudio, que sabía lo que había de suministros, dirigió la operación de traslado a través del túnel-acordeón.

Abandonaron el refugio cuando el suelo se agrietaba más y más.

Cuando todo estuvo a bordo encogieron el túnel acordeón. El suelo se abría, el borde del abismo se desmoronaba y arrastraba consigo el refugio que no tardó en caer al fondo del abismo ante los ojos de Plaudio, las muchachas y los cosmonautas terrícolas que lo vieron desaparecer.

—De haberse retrasado un poco nuestro rescate, habríamos muerto —musitó Aina, estremeciéndose.

La cosmonave *Gloc-Gloc* se elevó empleando buena parte de la energía que le restaba. Salió de entre los rayos, cruzó la gaseosfera y saltó al espacio sideral.

—Hay que poner rumbo al planeta Exterm.

Con la ayuda del computador central, Joc Ferm puso rumbo al planeta que era su objetivo. Dio toda la potencia de impulsión a los motores de popa y la cosmonave tembló ligeramente.

Orson comenzó a vigilar los medidores nerviosamente y objetó.

—No alcanzaremos la velocidad suficiente, apenas nos queda

energía.

—Joc —interpeló Xai.

—¿Qué pasa ahora?

—Reserva siete unidades de energía o no podremos posarnos sobre ningún planeta.

—No alcanzaremos los siete *unispace* —gruñó Orson.

Joc Ferm dejó de oírlos. Sostuvo la fuerza de los motores de impulsión pese a que el medidor de reserva de energía le advertía que la estaban consumiendo en exceso.

En la pequeña pantalla, los números iban decreciendo velozmente hasta que Joc Ferm cerró el paso de energía y detuvo los motores.

—Hemos alcanzado diez *unispace*, es más de lo que podíamos esperar.

—Te has chupado la energía casi al completo —le reprochó Orson casi atónito.

—Con lo que nos resta de energía no podremos descender sobre el planeta Exterm —advirtió Xai

—Ya solucionaremos ese problema. Si hace falta, iremos a buscar la energía con la lanzadera.

Dejaron atrás el planeta Kolan y el sabio inventor contó a los terrícolas lo que él sabía respecto a le ocurrido.

—Pues han tenido suerte —opinó Orson—. Nosotros estábamos buscando a los culpables de la destrucción de los planetas, es decir, a los exterminadores de las civilizaciones.

—Lo curioso —dijo Aina— es que ni nosotros conocíamos la existencia del planeta Tierra ni vosotros la del planeta Kolan.

—Lo cierto es que nos hallamos a una gran distancia de nuestro planeta.

Joc Ferm explicó:

—Nuestro gobierno confederal teme que esta destrucción que ya ha hecho desaparecer varias civilizaciones se abata también sobre la nuestra y ha ofrecido una recompensa sustanciosa a los exploradores independientes que consigan desentrañar el enigma de estas destrucciones, ya que no se ha descubierto ningún ejército espacial belicoso. Las fuerzas milicianas espaciales están atentas por si aparece el enemigo, pero éste no se ve por parte alguna.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Plaudio—. No tenemos más

que lo puesto. Somos los supervivientes de una civilización planetaria desaparecida

—En el planeta Exterm se podrán integrar —les dijo Xai. Con una sonrisa, añadió—: Aunque temo que las chicas son demasiado hermosas.

—¿Tienen alguna experiencia de navegación espacial? —preguntó Joc Ferm.

Plaudio se apresuró a negar.

—No

Aina explicó:

—Teníamos poca experiencia estelar. A lo sumo que habían llegado nuestros cosmonautas era a posar sus pies en una de las dos lunas que tiene Kolan.

—Entonces, ¿no entiende nada de navegación espacial? —preguntó Orson arrugando su abultada nariz.

—Así es —confesó Plaudio— Para nosotros, todo lo que ocurre dentro de esta cosmonave es asombroso.

Xai comentó:

—Pues corren el riesgo de darse un buen susto en el planeta Exterm.

—¿Qué puede pasar en ese planeta? —inquirió Denia.

—Allá encontraréis a seres inteligentes de civilizaciones planetarias muy distintas. Lo que más abunda son los seres parecidos a nosotros, con pequeñas diferencias, pero hay otros de morfología tan distinta que os pueden parecer monstruosos y no pocos de ellos son peligrosos.

—Es alucinante todo esto —musitó Aina—. ¿Quién iba a suponer que todo cambiaría tanto para nosotras? Nuestra civilización en el planeta Kolan ha desaparecido, es algo increíble. Se había elucubrado mucho sobre el posible final de nuestro planeta por causa de algún cataclismo, pero nos ha pillado tan de sorpresa...

Joc Ferm intervino:

—Habrá que repartir los camarotes y establecer turnos de comidas. El viaje es largo y hay que evitar que surjan problemas.

A Joc Ferm no se le escapaba que aquellas jóvenes y bellísimas muchachas de Kolan tenían muchas ansias de vivir. Habían estado al borde de la muerte, sumidas en la desesperación, y ahora querían vivir.

Los valores de vida, sociedad, cultura, todo había cambiado para ellas, ya no se debían a su civilización porque ésta había desaparecido. Tenían que integrarte en aquel mundo interplanetario que desconocían por completo, un mundo que pensaba de formas muy distintas y donde que un ser inteligente matara a otro, no parecía condenable.

Un nuevo flujo de sangre corría por sus venas impulsándolas a vivir lo que les restara de vida, vivir y gozar. Para ellas ya no habría otra meta que alcanza: su propia felicidad. No podían luchar por recuperar una civilización ya desaparecida; vivirían exclusivamente para ellas mismas y eso significaría que se entregarían a los goces y placeres casi con desesperación, sin importarles las consecuencias.

Diez muchachas jóvenes pletóricas de vida, un viejo sabio y tres hombres… ¿Cómo terminaría aquel viaje hacia el planeta Exterm?

CAPÍTULO V

Plaudio había encontrado en las dependencias de la bodega un auténtico paraíso. Allí había toda clase de herramientas y materiales recuperable, procedentes de la propia cosmonave *Gloc-Gloc*.

Había comenzado a trazar sus dibujos olvidándose de los demás. Su pasión, su necesidad, su sensación lúdica, se completaba planeando y desarrollando posibles inventos.

Joc Ferm, Orson y Xai se habían distribuido los horarios de vigilia pese a que la cosmonave *Gloc-Gloc* funcionaba en forma automática. Iba a una velocidad de crucero de diez *unispace* y el ordenador central mantenía la vigilancia de los sensores, pero había que estar atento a los pilotos señalizadores.

Las muchachas también se habían dividido en varios grupos, lo que facilitaba la ocupación de las escasas literas y servicios que poseía la cosmonave de aquellos terrícolas independientes. De esta forma, las literas no llegaban a enfriarse, el calor humano se mantenía en ellas. Todo parecía marchar bien en aquel viaje hacia el planeta Exterm donde los terrícolas pensaban repostar energía y suministros, ya que les quedaba muy poca.

Xai, el más joven de los hombres, tenía a su cargo en aquellos momentos la sala de control y mando de la cosmonave *Gloc-Gloc*.

Xai, Orson y el mismísimo Joc Ferm no eran insensibles a las bellezas femeninas, a su proximidad. El único que parecía invulnerable a ellas era Plaudio que sólo se preocupaba de sus inventos y de la distribución de los alimentos, ya que Joc Ferm le había encargado del control de los mismos.

Xai se volvió al escuchar lo que no era exactamente un silbido ni siseo, si no una mezcla de ambas cosas. De entre los labios de Denia

que sonreía con sus ojos, brotaba una melodía insinuante que penetraba en la sensibilidad del joven terrícola.

Pudo ver los ojos grandes, muy abiertos, luminosos, burlones e incluso cálidos y ansiosos de Denia que después de permanecer unos segundos en el umbral de la puerta avanzó hacia él.

Xai se fijó en que la bella del cabello rubio verdoso llevaba las piernas desnudas bajo la camisola que la cubría y al caminar, toda ella ondulaba, como si dispusiera de una gran experiencia de seducción.

Cuando Xai quiso darse cuenta, ya se había embriagado con el perfume de mujer, con aquel olor que añoraban todos los cosmonautas con largo tiempo de permanencia en los viajes espaciales.

El cuerpo femenino se pegó al de él y notó la redondez punzante de sus mamas jóvenes, turgentes. No supo si era él quien besaba los labios de ella o era Denia quien sorbía los suyos con una fruición tal que le turbaba hasta el punto de que dejó de ver en derredor.

Todo semejó oscurecerse en torno suyo, fue como si sus ojos, sus retinas, sólo pudieran captar destellos de color. Como si de pronto se hubieran quedado sin gravedad artificial, flotaron, rodaron.

Estrechamente enlazados, se besaron, se acariciaron, el amor encendido los abrasaba. No había ya en el universo otra cosa que no fueran sus cuerpos e infinitas luces multicolores, como si hubieran caído dentro de un caleidoscopio, ajenos al monótono chasquido de los relés, al contante moverse de los computadores.

De pronto, una sombra oscura, algo que les pareció inesperado, les arrancó del mundo sensual en el que se habían sumido.

Xai se separó en parte de Denia porque parecía que sus brazos y piernas estuvieran mezclados, y volvió su cabeza hacia la butaca de mando y control.

Una serie de pilotos rojos estaban encendidos y unas pequeñas chicharras advertían del inminente peligro.

Se apartó más de Denia y atisbo la pantalla. En ella aparecía una gran masa rocosa que se agrandaba.

La cosmonave *Gloc-Gloc* sufrió una brusca sacudida seguida de fuertes vibraciones.

Xai saltó como un felino hacia Orson que era quien estaba sentado en la butaca de mando.

—¿Qué ocurre?

—¡Hijo de perra! —rugió Orson como respuesta.

Las vibraciones cesaron y Orson sacudió las palancas a las que se aferraban sus manos El asteroide que había pasado junto a la cosmonave casi la rozó y en aquel momento, la furia de Orson estalló.

—¡Hemos consumido la poca energía que nos quedaba por tu culpa, por tu culpa!

Se le lanzó al cuello. Xai pudo zafarse de él con un par de golpes al abdomen, pero Orson estaba como enloquecido y volvió a arremeterse contra Xai, clavándole las garras en la base del cuello.

—¡Te voy a desollar vivo!

Denia gritó asustada. En aquellos momentos, Orson le pareció una fiera.

Con el torso desnudo, Joc Ferm irrumpió en la sala de mandos. De un solo puñetazo apartó a Orson cuando ya la sangre teñía las uñas de éste.

—¡Ya está bien! ¿Qué ha pasado?

Orson, que era un ser muy fornido, se recuperó rápidamente. La furia parecía habérsele esfumado y todavía sentado en el suelo, señaló a Xai para decirle:

—Estaba demasiado ocupado para darse cuenta de que íbamos contra un asteroide errante que venía hacia nosotros.

—¿Por eso has puesto los motores en marcha? —preguntó Joc Ferm.

—No me he dado cuenta —confesó Xai.

Denia, de rodillas, se apresuró a decir:

—Ha sido culpa mía.

—Xai, ¿es que no te has enterado aún de que cuando se está de piloto de guardia no se puede distraer uno por ninguna causa?

—Lo sé, lo sé, no entiendo cómo ha ocurrido —balbuceó, al borde del sollozo.

—¡Hemos agotado toda la energía! —gritó Orson.

—¿Toda la energía? —repitió Joc Ferm.

—No tenemos energía para los motores impulsores y tampoco para los motores laterales para maniobrar.

—Pero ¿nos queda energía para los retrocohetes de frenado?

—Sí, nos queda sólo para frenar.

Joc Ferm se situó en la butaca de mandos. Pidió datos al computador central y al poco manifestó

—Tenemos energía para consumo interno y para frenado, nada más.

Xai, compungido, preguntó:

—¿Estamos perdidos en el espacio?

Joc Ferm fue franco al responder.

—Más o menos, porque Orson, para esquivar el asteroide contra el que nos íbamos a incrustar, nos ha desviado cincuenta y tres grados de nuestra ruta, lo que es mucho.

—Irreversible —puntualizó Orson—, porque ya no tenemos energía para volver a la anterior posición en ruta.

Aina, que hacía poco les estaba escuchando, hizo una observación.

—De todos modos, si íbamos a chocar contra el asteroide, habrían tenido que funcionar los motores de maniobra para escapar al choque.

Joc Ferm le explicó:

—Si se advierte el peligro a mucha distancia, como tenía que haberlo advertido Xai si no hubiera perdido la vigilancia sobre los controles, habría bastado con una maniobra mínima de tres grados y no de cincuenta y tres. Entonces se hubieran consumido unas décimas de la energía que Orson se ha obligado a gastar en una maniobra desesperada, y con el resto de la energía que nos quedara habríamos podido recuperar la ruta. Ahora, cada vez nos alejamos más y más del planeta Exterm que era nuestro objetivo.

—¿No hay forma de recuperar la ruta? —preguntó Aina.

Joc Ferm movió la cabeza negativamente.

—Si utilizamos la energía de los frenos para corregir la variación que Orson se ha visto obligado a realizar, cuándo llegáramos al planeta Exterm pasaríamos de largo porque no podríamos detenernos y así marcharíamos hasta los confines de la Galaxia, si es que no encontráramos un planeta o una estrella por delante.

—Riesgo que ahora vamos a correr lo mismo —gruñó Orson—. No sabemos hacia dónde nos dirigimos.

—Matadme si queréis —dijo Xai—, yo soy el culpable.

—Deja de lloriquear —le contó Joc Ferm— No serviría de nada que te murieras, lo que importa es que ayudes y vosotras, no quiero

que entre ninguna, absolutamente ninguna, en esta sala. ¿Comprendido?

Aina, molesta, inquirió:

—¿Es que aquí sólo pueden entrar los varones?

—No se trata de varones ni de hembras, sino de gente preparada o no. Nosotros tres somos cosmonautas, vosotras no.

—Me gustaría saber cómo podría remediar este fallo —se lamentó Xai por enésima vez.

Joc Ferm le puso una mano en el hombro y se lo apretó amistosamente.

—Un fallo puede cometerlo cualquiera, pero que no vuelva a ocurrir. —Miró a las dos hijas de Kolan que abandonaban la sala y opinó—: Me temo que yo podía haber cometido el mismo fallo que tú.

CAPÍTULO VI

—¡Ya está! —exclamó Plaudio.

—¿El qué está? —preguntó Joc Ferm al verle llegar.

—He estudiado el funcionamiento de la cosmonave y mediante el añadido de unos conductores se podría trasladar la energía a los motores de maniobra lateral.

—¿Qué energía?

—La de mantenimiento —respondió el sabio inventor sin pestañear.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, ¿por qué?

—Si trasladamos la energía de mantenimiento a los motores de maniobra, en pocos segundos nos quedaríamos a oscuras, sin acondicionamiento de aire, sin gravedad artificial, etcétera. ¿Cuánto tiempo cree que resistíamos dentro de la cosmonave sin energía de mantenimiento.

—Supongo que sería poco tiempo.

Ante aquella confesión, Joc Ferm creyó oportuno puntualizarle:

—Una cosmonave no es un refugio como el que usted construyó en su planeta. Una cosmonave es algo que se desplaza entre las estrellas soportando toda clase de radiaciones. Si no tuviéramos el acondicionador de aire, habría ocasiones en que nos consumiríamos por el calor, pero otras veces todo se helaría a menos de cien grados por debajo del cero. Bastaría que nos empujaran para que al caer al suelo nos quebráramos como si fuéramos de cristal.

—Cierto, pero para una ocasión de emergencia quizá sirva.

—¿Emergencia? Ya estamos en emergencia o mejor, en alarma roja, estamos en ruta hacia mundos desconocidos, ni siquiera el ordenador nos puede dar datos precisos sobre cartografía espacial

de lo que tenemos delante. Sólo podemos ver las estrellas y ¿sabe lo que eso significa?

—Que no conocemos las posiciones de posibles planetas, astros errantes o nubes de meteoritos.

—Exacto, y como nos aparezca cualquier masa por delante vamos a desaparecer sin enterarnos. Lo único que tenemos garantizado es que no vamos a sentir ninguna clase de dolor al convertimos en partículas espaciales.

—Ustedes los terrícolas que han surcado tantos espacios, ¿no han viajado nunca en la dirección que ahora llevamos?

—Que yo sepa, jamás. La galaxia tiene unos límites, pero en la práctica, para unos viajeros del cosmos, la galaxia es inmensa, casi infinita.

—De todos modos, tenga en cuenta que el trasvase de energía es factible.

—Ya, y para corregir el rumbo nos vamos a suicidar.

—Creí que le gustaría mi invento. La verdad es que nadie hace caso de mis inventos pero a no ser por mi refugio las diez chicas no se hubieran salvado, y no quedaría absolutamente nada de la civilización Kolan.

Joc Ferm le vio alejarse orgulloso pero molesto, algo erizada su abundante cabellera canosa.

Joc Ferm se encogió de hombros, ya tenía suficientes problemas. Iban rumbo al infinito, sin posibilidad de conectar con nadie y muy lejos de TODA civilización conocida.

—¿Cómo va todo? —preguntó Aina, arrancándole de su ensimismamiento.

—Bien. Me gustaría dar un paseo por un prado.

—¿Un prado?

—Sí, es algo que parece absurdo, pero los cosmonautas, cuando llevamos mucho tiempo de navegación espacial, deseamos pasear por un prado, hundir los pies desnudos en la hierba o zambullirnos en el mar o en un lago, lo que no podemos hacer en el espacio.

—Lo comprendo. La verdad es que nos ha costado aceptar que sois de un planeta distinto al nuestro y, sin embargo, la evolución es muy parecida, sólo que vosotros estáis tecnológicamente mucho más adelantados.

—Sí, somos muy parecidos. Lo que haría falta saber es si

realmente somos iguales a nivel de células y cromosomas.

—Sí, lo somos.

—¿Sí, cómo lo sabes? Aquí no tenemos analistas médicos.

—Nosotras casi somos médicos, sólo nos falta el último examen y la graduación oficial.

—¿Lo habéis investigado?

—Sí, de forma rudimentaria. A bordo lleváis un microscopio electrónico con accesorio de televisión

—¿Y quién se ha prestado a dejarse analizar? Me refiero a si ha sido Orson o Xai.

—¿Qué más da?

—No lo creas, Orson está mutado genéticamente, no ha nacido en el planeta Tierra.

—Puedes estar seguro de que somos compatibles.

—Bien, es un placer que sea así, nos estábamos encariñando. No sé aún si en vuestro planeta existía el sistema de parejas monogámicas o poligámicas.

—Existía todo —confesó Aina.

—¿Todo?

—Sí.

—Explícate —le pidió el hombre.

—Había parejas que se sentían satisfechas consigo mismas, pero no era amoral compartir el amor con varias personas.

—¿Lo mismo un hombre con varias mujeres que una mujer con varios hombres?

—Sí, y también parejas que funcionaban bien durante largos ciclos podían separarse y escoger otros compañeros.

—¿Tú habías tenido ya pareja?

Ella sonrió, enigmática.

—¿Importa eso?

—No, claro, pero me temo que si vamos hacia el infinito, sin posibilidad de regresar, pues...

—¿Quieres decir que lo que tanto reprochasteis a Denis y a Xai te parecería bien ahora?

—Bueno, lo que sucedió con Xai no era reprochable en sí mismo; sí lo fue el que abandonara la vigilancia que se le había encomendado.

—Comprendo. ¿Es cierto que los terrícolas tenéis una gran

necesidad de una mujer para acostaros con ella?

Joc Ferm carraspeó.

—Yo creo que nuestros deseos son naturales, lo que ignoro es si los varones de Kolan tenían menos necesidades naturales que nosotros los terrícolas

—Sería interesante conocer los detalles —le dijo Aína, mirándole a los ojos.

—¿Qué tengo que confesar? —preguntó irónico.

—Sólo se trata de hacer una investigación desde un punto de vista científico, ya sabes que somos médicos operativos.

—Diez bellísimas médicos me parecen demasiados médicos... No quiero convertirme en una cobaya de experimentación.

—Mis compañeras empiezan ¿Como diría?

—¿A pensar en nosotros los terrícolas?

Ella sonrió abiertamente.

—Me temo que sí.

—¿Y Plaudio?

—Está incapacitado sexualmente por senilidad.

—Entonces, ¿somos tres para diez?

—Bueno, sólo a dos les gusta Orson.

—¿Quiere eso decir que a Xai y a mí nos tocan a cuatro chicas por cabeza?

—¿Tienes miedo?

—La verdad, estoy sorprendido. En nuestra civilización hubo una cultura que permitía poseer cuatro esposas.

Aina, siempre con su sinceridad exenta de doblez, explicó:

—Nosotras también deseamos al hombre y nos hemos concienciado de que hay que repartir lo que a todas nos apetece.

—¿Y no hay peligro de procreación? La situación en que nos hallamos es límite, no sería bueno traer al cosmos más seres humanos.

—De eso ya nos encargaríamos nosotras.

—Si no hay más solución, parece que vamos a tener una muerte muy agradable.

—Yo estoy convencida de que hallaremos una solución.

—¿A qué?

—Encontraremos un lugar donde poder vivir. Llegamos a pensar que dentro del refugio sucumbiríamos, pero no ocurrió así.

—Te voy a confesar algo, Aina. El ideal de los terrícolas es tener varias mujeres para él solo, pero eso es arrogancia y un sentido egoísta de la propiedad. En realidad, en nuestra gran mayoría somos monógamos, aunque voceemos lo contrario.

—Nosotras no tenemos ese problema aunque sí quiero decirte es que en nuestra civilización la igualdad entre hombre y mujer era completa en derechos y deberes.

—Quizá hay algo más de lo que no hemos hablado —objetó Joc Ferm—. Para nosotros, además de la acción sexual del yacer hombre y mujer, existe una relación más completa que se puede llamar amor.

—¿Y amor no es yacer juntos?

—Es algo más, por eso en nuestro planeta funciona más el sistema de la monogamia.

—No entiendo bien lo que tratas de decirme.

—Cuando en el planeta Tierra un hombre se enamora de una mujer o una mujer de un hombre, ya no miran con interés sexual a ninguna otra mujer u hombre, respectivamente. Es como si el mundo, para el que se enamora, dejara de existir.

—No alcanzo a comprenderlo bien

—Es que es algo casi imposible de explicar. El amor o el enamoramiento, para puntualizarlo más, es algo inexplicable. Es algo que hay que sentir, no puede cuantificarse científicamente. Un terrícola puede acostarse con una o cien mujeres, eso puede hacerlo si es que no se trata de un hombre débil o impotente, pero enamorarse sentir amor, eso sólo ocurre con una pareja en la vida, a lo sumo dos o tres.

—¿Y cómo se nota eso que tú llamas enamoramiento?

—Es muy difícil, no puede imponerse. Quizá si lees algunos de los libros de nuestra literatura en las que aparece el amor nos llegues a comprender.

—¿Por qué no nos preparas esos teletextos? Los leeremos en grupo y así todos trataremos de comprenderos.

—De acuerdo. Poseemos una video-biblioteca muy extensa que nos permite acercarnos en cualquier momento a nuestras raíces históricas y literarias; Quizá sea importante que leáis, así conseguiremos conocernos mejor, aunque sólo sea por el poco tiempo que nos resta

—¿De verdad estás convencido de que nuestro fin será trágico?

—Me gusta tu optimismo. Aina

—Vamos, danos esos teletextos para que podamos conoceros mejor, pues parece ser que los terrícolas sois un poco complicados.

Joc Ferm las reunió frente a una pantalla. Tras teclear en el ordenador, la pantalla se iluminó.

—*La Dama de las Camelias*, de Alejandro Dumas —leyó Aina. Miró a Joc para preguntar—: ¿Es significativa en el comportamiento psico-amoroso de los terrícolas?

—Sí, pero este texto no es suficiente, habréis de completarlo con otros. Espero que es guste y que os ayude a comprender mejor el comportamiento intersexos de los terrícolas.

Dicho esto, las dejó frente a la pantalla en la que aparecía el texto escrito que ellas comenzaron a leer, buscando posturas cómodas en la sala.

Todo el tiempo era suyo, por delante sólo tenían un infinito plagado de estrellas.

CAPÍTULO VII

Fue el propio Joc Ferm el que gracias al supra-radar descubrió lo que tenían delante, aunque todavía a una distancia muy considerable.

Navegando a través de los espacios interestelares sin posibilidad de modificar el rumbo, viendo ante la proa de la cosmonave un salpicado de estrellas alrededor de cada una de las cuales existía un completo sistema planetario, parecía imposible seguir navegando mucho tiempo por los espacios siderales sin llegar a chocar contra algún astro.

Vistos a distancia, parecía imposible hallar un agujero entre las estrellas a través del cual poder filtrarse para no chocar. Sin embargo, a medida que se acercaban a las estrellas y planetas, todo parecía agrandarse, separarse unos astros de otros y la cosmonave pasaba sin problemas de un sistema a otro. Lo malo, y Joc Ferm era consciente de ello, sería encontrarse frente a una nube de meteoritos. Si eso sucedía, el fin sería seguro, puesto que no conseguirían atravesarla sin ser tocados.

—¿Cómo va eso? —preguntó Xai, entrando en la sala de control.

—Acabo de descubrir un planeta azul —dijo Joc Ferm.

—¿Un planeta azul? —repitió, excitado.

—Sí. Hemos rebasado muchos planetas que sólo podían ofrecernos la muerte, pero ahora tenemos ante nosotros un planeta azul.

—¿Justo delante de la proa?

—No exactamente, hay unos grados de variación.

—Pues si no podemos corregir el rumbo ni siquiera unos pocos grados, no conseguiremos acercarnos a ese planeta y ver las posibilidades de vida que nos ofrece.

Joc Ferm abrió el canal de intercomunicación y llamó:

—¡Plaudio, Plaudio! Si me oye, acuda de inmediato a la sala de control... Rápido, es urgente.

La voz de Joc Ferm sonó tan tajante y apremiante que el sabio inventor no tardó en presentarse en la sala de control.

—¿Qué sucede?

Joc Ferm se volvió hacia él.

—¿Cómo está ese invento de trasladar energía del sistema de mantenimiento a los motores de maniobra para corrección de ruta? ¿Sería en verdad factible?

—¿Factible? Ya he preparado los conductores.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido.

—Sí, estaba seguro de que acabaríamos empleando esa energía. Viajar hacia el infinito con el impulso que llevamos es ir hacia nuestra propia muerte.

—No vamos a utilizar toda la energía sino una pequeña parte. Cuanto más tardemos en realizar el trasvase de energía, más tendremos que utilizar porque la corrección será mayor.

—Si lo que he montado funciona, siete u ocho minutos bastarán para el trasvase, pero no puedo asegurar que funcione por completo porque no he tenido oportunidad de probarlo.

—No tenemos tiempo para pruebas. Hemos de gastar la energía mínima, hay sistemas de la cosmonave que no se pueden quedar sin ella. Si tardamos demasiado, consumiremos mucha energía en la corrección de rumbo. Hay que limitar el gasto general, reduciremos la gravedad artificial y también la temperatura y las luces. Pondremos sólo los pilotos de emergencia.

—Voy a revisar todo el sistema que he montado. Espero que no les haya molestado mi iniciativa.

Como respuesta, Joc Ferm sonrió irónico. Xai proporcionó un intercomunicador de pulsera a Plaudio para que hablara por él, dando cuenta de cómo iba todo y la corrección que pudiera hacerse.

—¿Se lo cuento a las chicas? —preguntó Xai.

—¿A las chicas? Últimamente te veo muy pálido, Xai, demasiado pálido, es como si te consumieras por minutos.

—Es que duermo poco últimamente —dijo, evasivo.

—Ya. No les digas nada, por si no conseguimos el objetivo. Ahora están distraídas leyendo los teletextos en pantalla.

—Les gustan mucho, llevan leídos cerca de veinte libros completos.

—Leer siempre será bueno y no hay mejor forma de expresar sentimientos y filosofías que a través de la palabra escrita, ahora nos comprenderán mejor. Dejémoslas que sigan leyendo, a ver si tenemos suerte y conseguimos llegar a ese planeta azul.

—Un planeta azul es casi garantía de vida biológica —opinó Xai.

—No al cien por cien, pero sí tienen muchas posibilidades de ser óptimas las constantes para la vida vegetal y animal.

—¿Y si hay algún problema? —pregunto Xai.

—Entonces, tendremos que adaptarnos como sea, porque vamos a consumir toda nuestra energía que es como quemar nuestras naves.

El sabio de Kolan no tardó en ponerse en contacto con la sala de control.

—¿Me oyen?

—Perfectamente —respondió Joc Ferm—. ¿Está listo el sistema?

—Sí, pero los conductores son algo delgados y quizá no resistan si el trasvase de energía es demasiado abundante. Tendría que poseer un medidor y un aparato estabilizador de capacidad y circulación de energía.

—Ni lo sueñe, no hay tiempo para todo eso. Haremos el trasvase con lentitud, la corrección será pequeña. Lo importante es que funcionen los motores de maniobra lateral, ya he pedido toda la información al ordenador y tengo la posición correcta a seguir.

—Pues por mí, adelante, haga lo que le digo.

—De acuerdo.

—Panel tres, botón cinco, serie negra. Púlselo y acto seguido baje el mando «V», casi todo al mismo tiempo, de lo contrario podríamos provocar un cortocircuito fulminante.

Orson dormía, no se le había despertado, pues tampoco había tiempo ni necesidad. Joc Ferm sabía lo que se jugaba. Debía depositar toda su confianza en el sabio del planeta Kolan que, al parecer, tenía una inteligencia privilegiada en cuanto a inventar se refería. Si fallaba y consumían la energía de mantenimiento, su agonía iba a ser tan larga como desagradable. Se quedarían sin acondicionador de aire, de temperatura, y su muerte no sería plácida precisamente.

Tras seguir las indicaciones de Plaudio, puso en funcionamiento los dos motores de maniobra. En principio no funcionaron y Joc Ferm insistió. Los motores comenzaron a vibrar como si recibieran poca energía. Xai quedó en suspenso cuando se escuchó un grito de dolor y el motor sufrió una brusca sacudida. La computadora reguló la maniobra que duró tres segundos. Después, los motores se apagaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joc Ferm.

—No sé, ha gritado el viejo.

—Ve a ver lo que ha sucedido, rápido.

La computadora comenzó a ofrecer datos, iban directos al planeta azul recién descubierto, un planeta desconocido para ellos y que no figuraba en ningún ordenador cartográfico espacial.

—La maniobra ha sido perfecta —se dijo Joc Ferm, comprobando que habían consumido poca energía y que el mantenimiento, sin despilfarros, podía seguir adelante.

—Joc, ¿me oyes? —interpeló la voz de Xai.

—Perfectamente.

—Plaudio ha recibido una descarga.

—¿Grave?

—No lo sé, está inconsciente.

—Llévalo al botiquín, haré que acuda Aina.

—De acuerdo.

Joc Ferm llamó a Aina por la radio y le pidió:

—Ve al botiquín, vuestro sabio inventor ha sufrido un accidente.

Dejó los mandos bajo control automático y acudió al botiquín donde se hallaban Denia, Aina, Xai y el sabio tendido en la camilla.

—¿Es grave?

—No, no es grave, su corazón ha resistido. Ha sufrido una descarga.

—¿Dónde estoy? —preguntó Plaudio, como si estuviera ebrio.

—En la *Gloc-Gloc* —le dijo Joc Ferm.

—¿Cómo ha ido el trasvase?

—Bien, estamos en ruta.

—¿En ruta? —inquirió Aina—. ¿Qué ruta?

—Hacia un planeta azul, lo que nos espera allí no lo sé aún. Hay muchas posibilidades de que tenga vida propia, aunque lo bueno sería que encontrásemos algún yacimiento de materia energética

para aprovisionar la cosmonave, aunque me temo que eso es altamente improbable.

CAPÍTULO VIII

Era el último cartucho que les quedaba. La energía de los motofrenos iba a ser consumida para no pasar de largo tangencialmente al planeta azul, un planeta que parecía tener muchas similitudes con el planeta Tierra.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —le preguntó Orson, siempre receloso.

—Sí, ya no viajaremos hacia el infinito.

—Si gastas la energía, ahora ya no podremos regresar jamás al planeta Tierra —advirtió Orson.

—De todos modos, ya no podríamos volver.

—Si no nos hubiéramos detenido en Kolan, ahora ya estaríamos en el planeta Exterm, repostando energía.

—Si no nos hubiéramos detenido en el planeta Kolan, ahora no tendríamos vivos a los supervivientes de una civilización exterminada.

—¿Exterminada, por qué no desaparecida?

—Porque yo creo que fueron víctimas del enigma destructivo que andamos buscando. Mira, no discutamos, el ordenador me está dando la entrada de la órbita.

Puso en marcha los motofrenos y la cosmonave sufrió una ligera sacudida.

Trató de conseguir una órbita cercana al planeta, pues en su pensamiento estaba el utilizar el vehículo lanzadera.

Detuvo los motofrenos.

—Os habla Joc Ferm —dijo, abriendo el sistema de megafonía interior para ser oído por los demás viajeros de la cosmonave—. Estamos en la órbita de un planeta que puede darnos vida. Empezaremos a investigar. Hay muchas posibilidades de que este

planeta sea apto para nosotros.

La cosmonave *Gloc-Gloc*, al girar en la órbita del desconocido planeta, iba captando sus constantes atmosféricas y meteorológicas en general.

Tras dar cuatro vueltas al planeta captando datos, Xai preguntó:

—¿Qué opinas, Joc Ferm?

—Hay agua, buena temperatura, vegetación. Con nuestros poderosos teleobjetivos no hemos podido descubrir animales superiores.

—¿Un planeta de insectos?

—Quizá, pero no parece que sea peligroso. Hay vegetación abundante, ríos, lagos, océanos.

—¿Crees que se podrá vivir ahí abajo?

—Hay muchas posibilidades de que sí. La temperatura está entre diez y treinta grados en vastas áreas del planeta. La presión atmosférica oscila entre setecientos cincuenta y ochocientos, lo que quiere decir que es buena, pero noto algo extraño.

—¿Extraño, el qué?

—El sondeador de la corteza del planeta.

—El sondeador de corteza planetaria funcionaba bien, yo lo había comprobado.

—Quizá se deba a la escasez de energía para los suministros generales. Algunos de los aparatos pueden fallar, hemos de contar con ello.

—Pero la corteza del planeta es sólida en unos cuatro kilómetros de espesor, ¿no?

—Sí, salvo, como es lógico, donde hay nieve que es en los picachos, o en las aguas. Tú te vas a ocupar del medidor de solidez de la corteza, pídele a Plaudio que te ayude.

—¿Es importante averiguar ese dato?

—Todos los datos son importantes, máxime si tenemos en cuenta la posibilidad de quedarnos aquí por el resto de nuestros días, si es que no encontramos un yacimiento de mineral núcleo-energético que nos sirva para poder alejarnos.

—Si es un planeta virgen pero con buen clima, no sería malo quedarnos aquí e iniciar una nueva civilización.

—No pocas civilizaciones planetarias han nacido de esta forma —admitió Joc Ferm—. Unos cosmonautas perdidos en un planeta

virgen han tenido descendencia y ésta se ha reproducido. Después, la historia ha hablado de los primeros pobladores como de semidioses llegados del espacio.

—Investigaremos —dijo Xai.

Joc Ferm buscó a Aina. Cuando la encontró, le dijo:

—Tengo que hablarte.

—Adelante.

—Voy a descender al planeta para hacer una observación directa. ¿Quieres acompañarme?

—¿Yo sola?

—Podríamos ir cuatro o cinco, la lanzadera lo permite, aunque todos no tengamos la máxima comodidad

—Yo te acompaño, también pueden ir Mistela y Bora.

—Y Plaudio, él es un sujeto que interesa

—¿Cuándo descenderemos?

—Primero nos alimentaremos para ir con pleno vigor. Descansaremos tres horas y partiremos, os proveeréis de armas y telecomunicadores.

—¿Crees que habrá peligro?

—Nunca se sabe. Cualquier planeta inexplorado puede deparar las mayores sorpresas.

—Bien, como tú quieras. Estaremos dispuestas, yo me encargaré de avisar a Mistela y a Bora

—¿Son de fiar?

—Totalmente, son las mejores del equipo.

* * *

Joc Ferm maniobró para introducirlo en el tubo lanzador y desde allí se telecomunicó con Orson y Xai.

—Nos mantendremos en comunicación.

—Si se os estropea el vehículo ya no nos volveremos a ver jamás —les puntualizó Orson—. A la *Gloc-Gloc* ya no le queda combustible para posarse sobre el planeta con un mínimo de garantías.

—En ese caso, hasta siempre. Nos seguiremos viendo por las pantallas.

—¡Suerte! —les deseó Xai.

Joc Ferm accionó el disparador por control remoto y saltó al espacio separándose rápidamente de la cosmonave. Se hallaban en una situación difícil. Parecían haber olvidado ya, que su meta en los

espacios interestelares era descubrir los enigmas de destrucción, enigmas que habían exterminado ya a varias civilizaciones planetarias y contra los cuales la Confederación Terrícola quería protegerse

No fue difícil introducirse en la atmósfera. Durante algún tiempo, volaron por la troposfera, contemplando de cerca el planeta con sus propios ojos, ya que descendieron a baja altura.

—¡Es hermoso! —opinó Plaudio—. Creí que ya no volvería a ver nunca más nada tan hermoso.

—La destrucción del planeta Kolan ha debido afectarles mucho —opinó Joc Ferm que no perdía su atención en la navegación.

—¡Mirad qué río más amplio! —señaló Aina.

Tras pasar tanto tiempo sin las bellezas naturales de un planeta vivo, gozaban con la contemplación. Joc Ferm escogió un lugar donde abundaban los prados, la vegetación.

Era junto a un lago de brillantes color azulado, un lugar que debía estar entre los quinientos y setecientos metros de altura sobre el nivel de los océanos. Posó suavemente el vehículo cerca de la orilla y suspiró profundamente antes de decir:

—Ya estamos en un lugar donde si la tecnología falla, podemos sobrevivir por medios naturales.

—Es tan hermoso este sitio que después de haber visto tan destruido mi planeta no me importaría vivir siempre aquí —opinó Aina.

—Primero hay que hacer comprobaciones, nuestros ojos pueden engañarnos con ilusiones —objetó Plaudio.

—Adelante. Primero veremos si la composición del aire es buena —dijo Joc Ferm.

Tecleó en el tablero de mandos que tenía al alcance de su mano en el salpicadero y en la pequeña pantalla no tardaron en aparecer los resultados. El análisis automático se realizó en breves segundos.

—El aire tiene un buen tanto por ciento de oxígeno y nitrógeno y al parecer no hay gases nocivos disueltos, podemos salir.

Salieron del vehículo y pisaron la suave y húmeda hierba que descendía hacia el lago.

—¡Qué agradable es todo esto! —exclamó Joc Ferm—. ¡Qué agradable!

Las muchachas brincaron sobre la hierba como si se hallaran en

un partido de festa-bol. Estiraron allí sus extremidades, saltaron de un lado a otro demostrando poseer una gran elasticidad en sus cuerpos mientras el sabio Plaudio se acercaba al lago y lo observaba de cerca.

Joc Ferm se le acercó llevando un aparatito en la mano del que sobresalían dos tubos de cristal dentro de los cuales había unos electrodos. Sumergió los tubos en las aguas y observó las lucecitas que se encendían en la parte superior del artilugio.

—Agua pura. No contiene más que un cero dos de sales y no posee microorganismos vivos en cantidad peligrosa, vamos, que es un agua perfecta para darse un chapuzón.

—Pero está fría —objetó el inventor.

—Diecisiete grados —respondió Joc Ferm que estaba haciendo un análisis completo de las aguas del lago.

—Prefiero meterme en una bañera a treinta grados —replicó el sabio.

Joc Ferm guardó en la cosmonave el pequeño aparato y le dijo al inventor de Kolan:

—Ya que usted no se va a bañar, vigile. Si se acerca alguien o algún animal que considere peligroso, pulse este botón.

—¿Y qué sucederá?

—Es una señal acústica con señal de ultrasonidos incorporada. Sirve para ahuyentar a los animales y al mismo tiempo para avisarnos a los demás.

—De acuerdo, pero, ¿y si no se asustan?

—Les haremos frente, pero ya hemos comprobado que no había animales grandes. De todos modos, Orson y Xai nos estarán vigilando desde arriba y ellos advertirán de cualquier movimiento extraño que se produzca en nuestro entorno en diez kilómetros a la redonda.

—Eso me tranquiliza más —confesó Plaudio.

Cuando Aina, Mistela y Bora quisieron darse cuenta, ya una figura masculina, alta, velluda en parte, corría desnuda sobre la hierba y se lanzaba al agua de cabeza. Le vieron bracear con estilo y fuerza.

—¡Chicas, nosotras también! —exclamó Aina.

Cuando Joc Ferm, después de haberle alejado hacia el interior del lago, regresaba, se encontró con las tres mujeres de Kolan que

nadaban hacia él hasta que se encontraron. Ellas lo rodearon y jugaron con naturalidad y picardía. Eran tres mujeres contra un solo hombre.

—¡Eh, cuidado, así no, no, quietas, quietas! —pidió mientras ellas se zambullían y reaparecían. Notaba sus dedos, sus pellizcos, sus traviesas mordeduras.

—¡Eh, mirad, viene una nube por allí! —señaló Aina, sacando su cabeza por encima de las demás, excitada, entre carcajadas.

—¿Una nube? —repitió Joc Ferm. Mirando en la dirección indicada, observando que la nube tenía una forma cónica con una especie de cola movible y que era muy oscura—. Es muy rara.

—¡Atención, atención! —gritó Plaudio a través de la megafonía exterior—, ¡Se acerca una nube de insectos voladores!

—¿Insectos? —inquirió Bora, nerviosa.

—Sí, ya os dije que en este planeta lo único vivo animal que parecía haber eran insectos.

La nube se les acercaba con mucha rapidez. Bora, nerviosa, nadó hacia la orilla.

—¿Adonde va? —preguntó Joc Ferm.

—A refugiarse —le dijo Aina—. Creo que todos deberíamos hacer lo mismo.

Bora llegó a la orilla justo cuando la maligna nube se abatía sobre ellos.

—¡Abajo, son hormigas voladoras! —gritó Joc Ferm, hundiendo en el agua las cabezas de Mistela y Aina cuando ya las voraces hormigas voladoras se disponían a atacar con un furioso zumbido.

Bora corrió hacia el vehículo que debía ser su salvación, pero no consiguió llegar a él. Las hormigas la envolvieron por completo. Se debatió en medio de la nube de insectos que la ocultó a los aterrados ojos de Plaudio que la contemplaban.

Joc Ferm asomó la cabeza y de nuevo le atacaron las hormigas voladoras. Tuvo que volver a sumergirse y lo mismo hicieron Aina y Mistela que sintieron la mordedura de los insectos voladores en su piel. Plaudio puso todos los sistemas de sirenas en marcha. Fueron los ultrasonidos los que lograron que los insectos voladores se alejaran rápidamente hacia el cercano bosque. Algunas hormigas cayeron sobre la hierba, debatiéndose espasmódicamente.

—¡No, no, qué horror! —exclamó Plaudio entre dientes al ver un

esqueleto sobre la hierba. Bora había sido roída hasta los huesos.

Joc Ferm, Aina y Mistela salieron del lago.

Recogieron sus pertenencias y chorreando agua, observaron el esqueleto al que habían pegadas las carniceras hormigas voladoras que habían sucumbido por el poder de los ultrasonidos.

Aina se volvió para no seguir viendo a la que había sido su compañera. Aquellos restos humanos en nada se parecían ya la vivaz muchacha que poco antes reía y jugaba en las aguas del lago.

—Vamos, vamos al vehículo, allí estaremos protegidos —dijo Joc Ferm.

Se encerraron en el vehículo y se vistieron. Xai se comunicó con ellos.

—En pantalla hemos visto lo ocurrido. ¿Estáis bien los demás?

—Sí —respondió Joc Ferm—. ¿Qué hay de esa nube de hormigas voladoras?

—Se han ido por diez punto cero cero.

—¿Las habéis seguido?

—Se han introducido por una caverna que hay en un montículo rocoso a unos ocho kilómetros de donde estáis.

—Por lo menos ya sabemos dónde está el nido —respondió Joc Ferm.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Vamos a ver ese nidal de hormigas voladoras.

—¿No será peligroso? —preguntó Xai.

—Es posible que lo sea, pero con la *Gloc-Gloc* ya no podemos ir muy lejos. Si hemos de quedarnos en este planeta desconocido hasta que consigamos energía para volver a navegar por el espacio, debemos saber cuáles son nuestros enemigos y dónde está su cuartel general.

—Como quieras. Desde aquí arriba os dirigiremos, suerte —les deseó Xai.

Mistela y Aina miraron interrogantes a Joc Ferm. Fue Plaudio quien preguntó:

—¿De veras cree necesario ir al nidal de esos insectos feroces?

CAPÍTULO IX

—Miren, ahí está la entrada de la caverna —señaló Joc Ferm.

—¿Podemos guardar imagen? —preguntó Plaudio.

—Sí —asintió Joc Ferm. Pulsó un botón y comenzó a grabar con una de las telecámaras. La grabación era recibida instantáneamente en la *Gloc-Gloc* por Xai que se mantenía alerta.

—Si nos atacan, ¿qué haremos? —preguntó Aina.

—Hemos podido comprobar que los ultrasonidos les afectan gravemente, es nuestra defensa. También llevamos incorporado un cañón supra-láser en el vehículo.

Ni Aina ni Mistela parecían muy convencidas. La visión tan reciente del esqueleto, lo único que había quedado de su compañera Bora, les producía escalofríos de miedo.

El vehículo se acercó a la entrada de la gruta que era suficientemente grande como para poder introducirse por ella. Por allí se había filtrado la nube de insectos voladores.

Joc Ferm encendió el monofaro y el vehículo avanzó hacia las entrañas del desconocido planeta.

La caverna parecía demasiado perfecta para considerarla una obra natural. Descendía en espiral hacia el subsuelo con una inclinación que, según los lugares, variaba entre los treinta y los cuarenta grados.

El vehículo terrícola descendía sin dificultad. La poderosísima luz del monofaro iluminaba las paredes, los techos, el suelo. Descendía lentamente y Plaudio comentó:

—Parece que vamos a llegar al centro del planeta.

Joc Ferm tecleó en el mando del ordenador y le exigió la profundidad a la que se hallaban por cálculo matemático sobre los grados de inclinación y distancias recorridas.

—Ocho mil doscientos veintitrés metros —dijo Joc Ferm con voz ronca.

Aina observó:

—A esta profundidad tiene que haber aumentado mucho la temperatura, si es que el núcleo de este planeta está vivo, me refiero a si tiene fuego, magma.

—Veintidós grados —leyó Joc Ferm en la pantalla que le iba ofreciendo datos.

—Es demasiado poco, parece un planeta frío —comentó el inventor de Kolan.

Al llegar a los once mil metros entraron en un mundo distinto. Allí había un fantástico arco iris. El agua caía en cascadas por distintas paredes y había luces como diminutos soles.

—¡Cuidado, Joc! —gritó Aina, sorprendida.

Joc Ferm detuvo el vehículo en el que viajaban.

Ante ellos acababan de aparecer cinco extraños seres de aspecto negro brillante. Su estatura estaría alrededor de los cuatro metros, parecían seres guerreros. Hasta ellos llegaba un fuerte rumor como el zumbido que parecía dominar la gigantesca cueva. Era como si, de pronto, hubiera descubierto que el interior del desconocido planeta estaba hueco.

—¡Alto! —ordenó uno de los guerreros con voz profunda, una voz que les llegó claramente al interior del vehículo.

Joc Ferm detuvo su vehículo frente a aquellos seres tan distintos a ellos, aunque parecían tener una silueta semejante, y les habló a través de la megafonía exterior.

—¿Quiénes sois?

—Los entes inteligentes de este planeta. Vosotros no sois más que geoxenos, invasores.

—No hemos venido en son de guerra —les dijo Joc Ferm, extrañado de que aquellos seres desconocidos entendieran y hablaran su lengua.

—Este no es vuestro planeta, debéis abandonarlo inmediatamente.

—Hemos sufrido...

—No es nuestro problema —le cortó uno de aquellos supuestos guerreros de gran estatura y aspecto feroz.

—Venimos como amigos —insistió Joc Ferm.

—No queremos amigos ni extraños en nuestro planeta. Tenéis el tiempo justo para marcharos de aquí.

Mientras, Joc Ferm iba tecleando en los mandos del ordenador que quedaba al alcance de su mano.

—Quiero hablar con vuestro jefe, caudillo o como aquí le llaméis.

—No hablaréis con nadie, marchaos o seréis destruidos.

—Joc Ferm, esos sujetos me parecen muy peligrosos —cuchicheó a su lado el inventor Plaudio.

—Destruirnos no es tan fácil. ¿Con que armas contáis? —preguntó Joc Ferm abiertamente.

Aquel ser estalló en una fuerte carcajada que retumbó en la sala de enormes dimensiones. A su carcajada se unieron las de los otros seres de la misma especie que le acompañaban y sus risas semejaron perderse en lo más hondo de las simas que allí se abrían.

En voz baja. Mistela preguntó:

—¿Podríamos destruir a alguno de ellos?

—No puedo atacarles si ellos no atacan, primero. Es razón de conciencia y de la carta de las civilizaciones de la galaxia.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Seguir adelante.

—¿Para qué? —preguntó Aina.

—Para conseguir ver a sus jefes.

—¿Y si ellos no se apartan? —preguntó Plaudio.

—Avanzaremos lentamente.

El vehículo comenzó a avanzar cuando se produjo un fuerte rumor. Joc Ferm, instintivamente, hizo retroceder el vehículo cuando delante de él, justo donde hubiera quedado unos segundos después, cayeron grandes rocas.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Mistela.

Joc Ferm dio media vuelta a la cosmonave y se alejó de aquel lugar cuando del techo se desprendían nuevas rocas que semejaban perseguirles.

Se alejaron por aquella galería en espiral y ahora ascendente hasta que consiguieron llegar a la superficie. De inmediato oyeron la voz de Xai.

—Ya veo que estáis perfectamente. ¿Qué tal los insectos?

—Abajo hay seres desconocidos y no parecen muy simpáticos.

—Son agresivos —puntualizó Aina—, por poco nos matan.

—Hay que averiguar muchas cosas aquí —dijo Joc Ferm.

—Es mejor que nos vayamos —propuso Mistela.

—Imposible. Si no conseguimos energía, nos quedaremos en este planeta para siempre y ya veremos cómo nos las arreglamos para convivir con esos seres que hemos visto abajo.

Mistela insistió:

—Si nos quedamos aquí, nos matarán.

—Tengo la impresión de que ellos están más asustados que nosotros —opinó Joc Ferm.

—¿Por qué? —interrogó el inventor.

—Abajo las cosas no se veían como seguramente son. He puesto la grabadora de video en marcha y ahora les veremos mejor, sin correr ningún peligro.

Aquellos seres reaparecieron en la pequeña pantalla del salpicadero y ni aun centrando el rostro de uno de ellos se podía averiguar nada especial a primera vista, o cuando menos así se lo pareció a Aina.

Plaudio, señalando la cabeza del ser que estaba en primer plano, comentó:

—No mueve la boca cuando habla.

—Quizá es que sea así —objetó Mistela.

—Opino como el profesor —dijo Joc Ferm.

—Yo diría que no son humanos —opinó el inventor de Kolan, dubitativo.

—¿Como androides? —preguntó Joc Ferm.

—Yo no he visto nunca a un androide —se sinceró Plaudio.

—Yo no llevo ninguno en mi cosmonave —dijo Joc Ferm—, pero en la Confederación terrícola utilizamos robots biónicos de aspecto semejante al nuestro. Son muy prácticos para servicios domésticos y trabajos desagradables o peligrosos. No dejan de ser máquinas, programadas mediante tarjetas apropiadas. Son muchas las civilizaciones planetarias que los utilizan.

—¿Y esos seres gigantescos podrían ser máquinas? —aventuró Mistela.

—No podría decir exactamente que lo fueran; lo que sí podría asegurar es que hay algo muy extraño en ellos. No son humanos como nosotros.

—Y por ello más peligrosos —opinó Plaudio—. Deberíamos regresar a la cosmonave *Gloc-Gloc*.

—No nos vamos a dejar intimidar por esos seres, sería absurdo. Descender a un planeta desconocido siempre implica un peligro. Nosotros hemos sufrido la tragedia de haber perdido a nuestra amiga Bora. Incluso, alguno más de nosotros puede sucumbir ante el ataque de algo sorpresivo cuya presencia todavía ignoramos. Puede haber alguna trampa especial colocada por esos seres gigantescos que hemos visto y caer en ella. Sí, existe esa posibilidad, pero por miedo a morir no nos vamos a suicidar. Hay que seguir adelante. Nosotros no les vamos a atacar, no es ésa nuestra intención.

—¿Y si ellos nos atacan? —preguntó Aina.

—Nos defenderemos. Por otra parte, siempre tenemos la posibilidad de remontar el vuelo y escapar si no queremos luchar, y en este caso no sería cobardía si no simple prudencia.

En aquellos instantes, Plaudio exclamó:

—¡Nos están llamando desde la *Gloc-Gloc*!

CAPÍTULO X

—¿Estáis seguros? —preguntó Joc Ferm.

Orson, que se expresaba con sus habituales gruñidos, ratificó:

—Sí, seguro.

—Eso parece muy bueno —opinó el inventor Plaudio.

—Han descubierto tres yacimientos de energía convertible y con posibilidades de ser altamente sustitutoria para nosotros.

—Este planeta, en principio, me había parecido muy bien —opinó Aina— pero ahora, después de la muerte de Bora y de haber visto a aquellos gigantescos seres, me inquieta. Si la energía nos da posibilidad de marchamos, me alegraré de ello.

—Iremos a los yacimientos y comprobaremos sobre el propio suelo si lo que han descubierto con los sensores desde la *Gloc-Gloc* es aprovechable o no.

Joc Ferm tenía la razón en su mente, en sus manos. No se podía huir sin energía y si para conseguirla había que morir, correrían ese riesgo.

El vehículo-lanzadera se alejó del área de las rocas.

Cruzó bosques de enormes y centenarios árboles, voló por encima de ellos y atravesó varios ríos. Siguió por una vasta área de vegetación y volaron sobre un pequeño mar que casi parecía un lago.

Se internaron en otra masa arbórea evidentemente pantanosa.

Disminuyeron la velocidad del vehículo que volaba por encima de los gigantescos árboles cuando sabían ya por las coordenadas, controladas por el ordenador del vehículo lanzadera, que estaban llegando al lugar detectado por Orson.

Pudieron ver cómo los árboles se tornaban cada vez más raquíticos y defoliados. La vegetación se achaparraba y se hacía

blancuzca y rala. Aina opinó:

—Estamos entrando en un desierto.

—Un desierto por radiactividad —observó Joc Ferm mirando un medidor automático que llevaba en el salpicadero del vehículo.

Plaudio dijo:

—Este es un lugar peligroso.

Aina musitó:

—Cada vez hay menos vida.

—Nos acercaremos al centro máximo de radiactividad.

El suelo se hizo arenoso, de color amarillo ocre brillante.

Joc Ferm detuvo el vehículo y lo posó con suavidad.

—Hay que analizar este lugar —dijo.

—Hay demasiada radiactividad ahí afuera para salir.

—Tomaremos unas muestras con un brazo mecánico —dijo Joc Ferm.

De pronto, el vehículo lanzadera se volcó hacia babor haciéndoles caer.

Aina gritó:

—¿Qué sucede?

—Esto se hunde —farfulló Plaudio asustado.

Vieron la arena al otro lado de las ventanillas.

—Maldita sea, es un suelo movedizo —gruñó Joc Ferm.

Puso de nuevo en marcha el motor, pero no conseguía que funcionara bien porque había entrado aquella arena radiactiva y húmeda por las toberas.

—¡Nos vamos a hundir por completo! —chilló Mistela.

El vehículo lanzadera se hundía más y más en las arenas movedizas y radiactivas hasta que se hundió totalmente, parecía el fin para los humanos. Estaban protegidos contra las arenas, pero el vehículo se iba a convertir en su ataúd. Parecía un gran cetáceo herido de muerte que se debatía entre ronquidos.

De pronto y gracias a la conducción de Joc Ferm, que manejaba el vehículo lanzadera, éste sufrió una brusca sacudida y salió a la superficie, despegándose de las arenas movedizas. Se elevó en el aire y se alejó de aquella trampa mortal.

Mistela estaba palidísima, se ahogaba aún del miedo pasado. Plaudio observaba los controles y Aina jadeaba.

Llegaron a una zona de vegetación cada vez más espesa.

Encontraron un río de aguas oscuras y profundas y Joc Ferm, sin dudarlo, inició un picado al tiempo que exclamaba:

—¡Voy a lavar este cacharro, agarraos!

Se sumergió en las oscuras aguas y volvieron a salir chorreando. Prosiguieron viaje hasta un lugar arbóreo donde había un riachuelo. Joc Ferm estacionó el vehículo bajo las densas copas de unos árboles para no ser descubiertos con facilidad por los insectos u otros seres que pudieran habitar en la zona.

—Aquí podemos descansar y comer —dijo Joc Ferm—. Orson, Xai, ¿podéis oírme?

—Perfectamente —respondió Xai.

—¿Cómo va todo en la *Gloc-Gloc*?

—Normal. Orson y las chicas están estudiando las imágenes que nos habéis enviado de esos extraños seres.

—Si descubrís algo interesante, comunicadlo de inmediato.

—Perfecto. Por cierto, ¿por qué os habéis hundido en el desierto?

—No ha sido por gusto, son arenas movedizas. Es una trampa mortal.

—¿Crees que se podrá extraer energía de ese lugar? —preguntó Xai.

—Con tiempo y maquinaria adecuada, sí, pero no tenemos tiempo para eso, hay que encontrar algo más simple y rápido. Ahora, vamos a descansar, dentro de seis horas partiremos hacia el segundo yacimiento.

—De acuerdo, nos mantendremos en contacto. Siento mucho lo sucedido a Bora.

—Todos lo lamentamos, pero ya sabemos que podemos ser atacados en cualquier momento.

—Es cierto. Suerte.

Cortaron la telecomunicación. Mistela miró con reparo hacia el exterior y opinó:

—Pueden aparecer las hormigas voladoras.

—Es una posibilidad. Si no quieres salir, no lo hagas. De todos modos, tenemos trajes de protección por si somos atacados de nuevo.

Plaudio observó:

—Pronto se hará de noche en este planeta.

Efectivamente, la luz menguaba. Joc Ferm salió del vehículo, analizó el agua del riachuelo y tras comprobar que era buena, recogió leña de los alrededores y preparó una fogata. Al poco, se encontró con que Aina estaba a su lado. La miró a los ojos.

—¿No tienes miedo? —le preguntó.

—Si tú corres un riesgo, los demás no tenemos por qué protegernos.

—No creas, sería bueno que os cuidarais. Si yo muero, que por lo menos vosotros podáis seguir adelante.

—¿Crees que corremos algún peligro? —preguntó Aina.

—Los planetas sin explorar, parecen inofensivos hasta que te dan la sorpresa. De todos modos, estamos muy lejos de aquellos seres que hemos visto en la caverna.

—¿Tendrán vehículos?

—¿Quién puede saberlo? Allá abajo parecían seres primitivos, aunque me ha sorprendido su forma de hablar.

—¿Crees que pueden estar altamente evolucionados?

—Las civilizaciones planetarias nunca deben juzgarse por la propia civilización a la que uno pertenece. Las distintas civilizaciones evolucionan, pero no siempre siguen las mismas líneas tecnológicas. Hay quienes avanzan sobre el poder mental. Otras por la tecnología y aun en la tecnología, hay diferentes ramas. Es muy difícil juzgar a los entes de una civilización desconocida, ellos son un enigma para nosotros y nosotros somos un enigma para ellos.

—Si nos atacaran, ¿cómo podrían hacerlo? —preguntó Aina.

—Ignoro de qué armas disponen, pero estamos lejos. Mira, hablando ya se ha hecho de noche, vamos a encender la fogata.

—¿No teméis al fuego?

—No, todo lo contrario, a los terrícolas nos gusta el fuego. Bueno, si es un incendio en el que se corra peligro, sí le tenemos miedo, pero el fuego así, en una hoguera o en lugares controlados, nos atrae con su magia de movimiento. En imágenes plásticas, filmes o grabaciones, es fácil vernos a los terrícolas alrededor de un fuego. Es como si nos hipnotizara o le consultáramos.

Con la pistola láser de que se había provisto tras las últimas experiencias, Joc Ferm disparó sobre la leña, encendiéndola.

Mistela prefirió permanecer refugiada dentro del vehículo

lanzadera en el que podían regresar a la cosmonave *Gloc-Gloc* que seguía en órbita. Plaudio observo el chisporroteo de las llamas y preguntó:

—¿Por qué has hecho este fuego?

—Porque me apetece el fuego de la noche. Tanto tiempo viajando en una cosmonave no he podido gozar de este placer.

—Te comprendo después de haber leído los libros en la pantalla de videotexto. Ahora ya sé el amor que le tenéis al fuego. Los terrícolas, psíquicamente, parecéis un poco más complicados que los hijos de Kolan.

—Tenemos una herencia genética, un amor a determinadas cosas. Supongo que a vosotros os ocurrirá lo mismo, aunque sea con cosas distintas.

—No os mováis —dijo de pronto el viejo Plaudio, despacio y en tono confidencial.

Aína preguntó:

—¿Qué pasa?

Desde dentro del vehículo, Mistela gritó de miedo.

—Tranquilos, caminad despacio hacia la lanzadera —pidió Joc Ferm, sin apartar su mirada de aquellos seres que parecían surgir de las sombras.

Comparados con ellos, eran gigantescos. Avanzaban despacio y eran muchos. La luz de las llamas de la fogata les daba un aspecto aún más fantasmagórico. Carecían de toda ropa y, sin embargo, no se les podía ver con claridad.

—¿Qué nos pueden hacer? —susurró Aina mientras los tres retrocedían lenta y disimuladamente hacia la lanzadera.

—No lo sé, no sé de qué armas pueden disponer, pero hay que estar en guardia —dijo Joc Ferm que ahora empuñaba la pistola supra-láser.

—Parece que no vienen a parlamentar —opinó Plaudio, agudizándosele la voz.

—Si atacan, les dispararé. Mistela, ¿me oyes? —inquirió, comunicándose a través de los pequeños intercomunicadores abiertos.

—¡Sí!

—Pulsa el botón amarillo del salpicadero, está junto a los mandos y pone «LLUM».

—En seguida.

—Cuando se encienda la luz, hay que correr al interior del vehículo.

De pronto, el monofaro iluminó de lleno a los gigantes que surgían de entre los árboles y que avanzaban hacia ellos.

—¡Vamos! —gritó Joc Ferm.

El terrícola fue el último en subir a bordo. De pronto, se escuchó un zumbido ensordecedor y el monofaro dejó de iluminar.

Joc Ferm había conseguido cerrar la puerta y preguntó:

—¿Qué diablos pasa ahora? ¡No hay luz!

—Yo creo que el faro funciona —opinó Plaudio—, estará tapado con algo.

Los gigantes se acercaban a ellos, a la fogata. El zumbido cada vez se hacía más ensordecedor.

—¡Atención, atención, si me podéis oír, marchaos, marchaos de aquí!

—Sois unos geoxenos, os destruiremos —dijo una voz profunda, idéntica a la que les hablara en el interior de la sima a al que habían llegado por la galería en espiral descendente.

—Será mejor que nos marchemos —opinó Plaudio.

—Será tanto como demostrarles que les tenemos miedo y creo que es lo que ellos pretenden.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Aina.

—Darles una lección si no nos dejan tranquilos.

—Se están acercando más y más, nos aplastarán, son más altos que el vehículo...

—¡Os doy diez segundos para que os alejéis de aquí! —advirtió Joc Ferm que veía gracias a la luz de la fogata, porque el monofaro seguía tapado y no sabían por qué.

Los gigantes no hicieron caso y Joc Ferm encendió el cañón ligero de supra-láser.

El rayo destructor brotó rectilíneo, cortante.

En principio evitó tocar a ninguna de ellos, ya que no quería dañar si antes no eran dañados; varios árboles cayeron derribados, como cortados por una gigantesca guadaña.

Uno de los árboles, al ser cortado y empujado por otro en su caída, se desplomó sobre la fogata, elevando miríadas de chisporroteos y confundiéndoles la visión.

El zumbido aumentó de tal forma que parecía imposible poder soportarlo aun protegidos dentro del vehículo. El fuego prendió en la copa del árbol caído pese a que estaba verde y al aumentar las llamas, como por arte de magia, recuperaron la luz del monofaro.

Mistela gritó:

—¡No están, no están!

—Han desaparecido —musitó Aina.

—Creo que les has dado una lección —opinó Plaudio, satisfecho.

—Sí, han temido al rayo supra-láser y han desaparecido, pero eso no quiere decir que estén muy lejos. Es evidente que no nos pierden el rastro y por lo visto pueden desplazarse a la misma velocidad que nosotros.

—Volverán, volverán —dijo Mistela, al borde de la histeria, impresionada por el lúgubre y gigantesco aspecto de aquellos seres que sólo se parecían a ellos, a los entes humanos de la Tierra o del planeta Kolan, por unas líneas morfológicas sencillas, simples. No había perfilación en sus rostros que apenas tenían unas redondeces blancuzcas como ojos. No se les veían bien las bocas, no había una concreción en sus rasgos. Eran masas que avanzaban, avanzaban. No parecían llevar ninguna clase de armas consigo, pero era evidente que poseían poderes que los terrícolas y los hijos de Kolan desconocían aún.

—¿Qué hacemos ahora?

—De momento, ya les hemos visto. Ahora podemos marchar a un lugar del planeta donde en estos momentos sea de día. Aquí, el incendio se va a propagar muy pronto y no sabemos cuándo terminará el fuego.

Joc Ferm puso de nuevo el vehículo en marcha y entonces notó una resistencia a la ignición del motor totalmente desacostumbrada.

—¿Qué sucede? —preguntó Aina.

—No lo sé, esto funciona mal.

—¿Se habrá estropeado cuando la arena radiactiva? —aventuró Plaudio.

—Si revienta, ya no volveremos a subir a la cosmonave. Quedaremos en este planeta para siempre y tampoco podrán descender Orson, Xai y las chicas. Vivirán allá arriba hasta el fin de sus días. No les cabe ni la posibilidad de lanzarse en paracaídas, están en el espacio exterior y flotarían como un satélite más en

torno al planeta.

—Por favor, por favor, que no se estropee —suplicó Mistela.

Joc Ferm aumentó el poder de energía sin conectar la ignición del motor y después hundió el botón. Se produjo una especie de explosión y brotó una llamarada blanca y cegadora que semejó anular las llamas del incendio del bosque.

El vehículo se elevó al fin, alejándose a gran velocidad.

CAPÍTULO XI

Se habían reunido todos en la sala más grande de la cosmonave *Gloc-Gloc*, a excepción del inventor Plaudio. Orson dio un puñetazo sobre la mesa y lanzando una mirada en semicírculo, gruñó:

—Estamos perdidos, esto es el fin. No tenemos energía para la *Gloc-Gloc* y ni siquiera podemos descender al planeta. Moriremos aquí —concentró su mirada en Joc Ferm y añadió en tono acusativo —: Tú me dijiste que nos haríamos ricos si descubríamos los enigmas de la destrucción y estamos aquí como en una arcaica pero efectiva ratonera. No podemos escapar y nadie vendrá a auxiliarnos.

—Cuando se salta al espacio interestelar con una cosmonave independiente, hay que ser consciente de los riesgos que se corren. Puede ser que éste sea nuestro último viaje, pero ese riesgo lo conocíamos al partir.

—Yo no quiero morir —sentenció Orson con gravedad. Joc Ferm sonrió irónico y mirando en derredor preguntó:

—¿Alguien de aquí quiere morir?

—Nadie desea morir —respondió Aina—, nadie.

—Naturalmente que no. Ya lo has oído, Orson, todos pensamos como tú

—Me da la impresión de que te estás burlando de mí.

—Sólo trato de apaciguarte.

—¿Por qué no dejamos de echarnos las culpas mutuamente y nos preocupamos de salir de este atolladero en que nos hallamos? —preguntó Xai.

—¿Y cómo salir de este condenado lío? —preguntó Orson, dispuesto a rebatir cuanto se le dijera.

—En este planeta está la solución.

Ante las palabras de Joc Ferm, Orson insistió:

—¿Qué solución?

—El planeta tiene atmósfera respirable, agua en abundancia, vegetales, lo que significa comida. Ahí abajo podemos vivir y además hay yacimientos de minerales energéticos. Lo que habría que hacer es transmutarlos con un microbombardeo de electrones y conseguir exactamente lo que nos hace falta. Posiblemente no será la energía que hemos venido utilizando hasta ahora, pero puede ser suficiente para llegar hasta el planeta Exterm y reaprovisionarnos allí.

—Yo no quiero bajar al planeta —dijo Mistela, evidentemente nerviosa—, no quiero.

—Por favor, Mistela, si hay que bajar...

Ante las palabras de Aina, volvió a replicar:

—Me quedaré aquí arriba. No lo podría soportar. Aquellos gigantes tan horribles y los hay a cientos, ejércitos enteros.

—No hemos visto cientos —le objetó Aina.

—¿Ah, no? Será porque era de noche, pero el bosque estaba lleno.

—Y no nos hicieron nada —siguió replicándole Aina para infundir confianza en las demás compañeras.

—Porque logramos huir a tiempo. Joc tuvo que dispararles, provocó un incendio y ellos consiguieron cegar nuestra luz.

—Por cierto, que aún no sé cómo lo consiguieron —reconoció Joc Ferm

—Pero esos gigantes, ¿qué son en realidad? —interrogó Orson.

—Deben ser los entes naturales e inteligentes que viven en este planeta y por hermandad galáctica y también por respeto a la carta espacial de nuestra galaxia, no debemos atacarles Sólo podemos actuar bélicamente en caso de autodefensa.

—Yo creo que si escogiéramos bien uno de los yacimientos y mantuviéramos una fuerte vigilancia en torno al vehículo lanzadera, podríamos conseguir el mineral radiactivo que nos hace falta —propuso Xai.

Joc Ferm asintió:

—Me parece una buena idea.

—¿Y quién irá abajo? Posiblemente los que desciendan sobre el planeta se las van a tener que ver con los gigantes.

—Son agresivos —dijo Mistela— y monstruosos.

—Me parecen más monstruosos los insectos —objetó Aina—. Los insectos fueron los que devoraron a Bora.

—Tenemos trajes bastante aceptables para evitar que las hormigas nos ataquen —dijo Xai—. Además, nos podemos impregnar de alguna sustancia que las aleje.

—Eso es —aceptó de nuevo Joc Ferm.

—A mí ya me da lo mismo estar aquí que en otra parte —dijo Denia—. Kolan, mi planeta, es un infierno donde no es posible la vida. Hemos de aceptar la situación en que nos hallamos.

—Quedarnos aquí es morir.

—Podemos tomarnos un tiempo de preparación.

—¿Para qué? —preguntó Orson ante la propuesta de Joc Ferm.

—Les vamos a dejar un tiempo a los gigantes de este desconocido planeta y mientras, daremos clases prácticas de control, pilotaje y mando de esta cosmonave.

—¡No es posible! —protestó Orson.

—¿Por qué?

Ante la interrogación abierta y pública de Joc Ferm, Orson respondió evasivo:

—Te lo diré a solas.

—No. Estamos metidos en la misma cosmonave y aquí todos hemos de sobrevivir o sucumbir.

—Está bien, ya que lo exiges, lo diré. Ellas y el viejo no son terrícolas.

—¿Discriminaciones? —se asombró Joc Ferm.

—No son exactamente discriminaciones —vaciló Orson—. Sé que vas a decirme que yo mismo no he nacido en la Tierra y que soy un mutado genético...

—Yo no hago discriminaciones, Orson, tú lo sabes.

—Es que no se traía de discriminaciones. El viejo y las chicas de Kolan no han puesto dinero en este negocio, la cosmonave es nuestra, de Xai, tuya y mía. Somos nosotros los que ganamos o perdemos y no podemos dejar esta cosmonave en manos extrañas, en manos que no sean las nuestras. ¿Lo comprendes ahora? —Volviéndose hacia Aina que era un poco la portavoz del grupo femenino, le dijo como disculpándose—: No es nada en contra vuestra, es que se trata de nuestro dinero.

Aina permaneció en silencio. Fue Joc Ferm quien le recriminó:

—No seas mezquino, Orson; ahora no se trata de dinero, de valores materiales, se trata de nuestras vidas. ¿De qué serviría conservar la cosmonave si perdías la vida?

—Está bien —bufó—, parece que has tomado ya una resolución.

—Nosotras no nos vamos a hacer cargo de nada —replicó Aina con gravedad. Mirando a sus compañeras, preguntó—: ¿Pensáis lo mismo que yo?

Todas asintieron.

—Sois tan necesarias como nosotros —sentenció Joc Ferm—. Estamos todos en el mismo problema y tenemos que salir de él. Sin energía, no escaparemos jamás de la órbita de este planeta y ahí abajo está la energía. Tenemos que hacernos con cierta cantidad de ella, no para explotarla o venderla, sino para poder escapar de aquí y llegar al planeta Exterm. Hay que sacar energía y transformaría para que sea apta para nuestros motores. Si Orson, Xai y yo tenemos que bajar al planeta, alguien debe quedarse en la cosmonave y cuidar de ella, por lo que es imprescindible que vosotras aprendáis su manejo. Incluso, nosotros podemos morir y entonces tendríais que seguir viviendo por vuestra cuenta en esta cosmonave que no deja de ser extraña a vuestra cultura y civilización.

—A mí me parece correcto —aceptó Xai—. Es cierto que formamos parte de dos civilizaciones distintas, procuraremos supervivir las dos, pero si sólo puede salvarse una, que así sea.

Orson, incrédulo, gruñó:

—¿Aunque sea sólo la de Kolan?

—No me parece justo —intervino Aina. Todos la miraron y cuando la atención estuvo centrada sobre su persona, prosiguió—: Formemos tres grupos o células de posible supervivencia.

—¿Y cómo serían esa células? —quiso saber Xai, muy interesado, mientras Denia lo acariciaba con su cálida mirada.

—Hay tres hombres y nueve mujeres.

—Somos cuatro hombres —puntualizó Orson.

Aina, con una frialdad casi matemática, concretó:

—Plaudio no es un hombre ya apto para la reproducción. Si una célula ha de sobrevivir, debe poseer capacidad de reproducción, nos guste o no es así. Un varón por cada tres mujeres. Cada grupo deberá operar en horarios y sitios distintos a los otros dos. Si somos

atacados, alguno de los tres grupos tendrá posibilidades de salvarse

A Joc Ferm le pareció que Aina acababa de proponer algo sencillo pero al mismo tiempo irrechazable por lo elemental.

—Por mí, de acuerdo —aceptó Orson.

—Si Orson está conforme, no hay más que hablar.

—Sí hay que hablar. ¿Cómo agruparnos quién va con quién?

—Puede establecerse por simpatía general, eso hace que los grupos funcionen mejor —opinó Joc Ferm.

Orson dijo:

—Pues yo me quedo con esta maravilla de cerebro gris que es Aina.

—¿Y si yo no quisiera pertenecer a tu grupo? —le replicó ella.

—Eres una mujer inteligente y has hablado con frialdad. ¿A qué viene ahora ese rechazo?

—Es que tú has querido imponerte, Orson. Has obrado como si fueras superior a nosotras, lo que está por demostrar. Hemos dicho un hombre y tres mujeres porque ésos son los números que hay, no se pueden barajar otros.

—Sois de una civilización inferior —replicó Orson, arrogante.

Joc Ferm intervino:

—Son de una civilización menos evolucionada tecnológicamente, nada más.

—Entonces, si somos todos iguales, echémoslo a suertes —propuso Orson.

Joc Ferm preocupado, miró a Aina; deseaba que fuera ella quien tomara la decisión.

—De acuerdo, echémoslo a suertes.

Xai trajo una baraja de naipes, los mezcló y dijo:

—Las que saquen uno, dos y tres irán con Joc Ferm. Cuatro, cinco y seis con Orson y siete, ocho y nueve, conmigo.

—¿Y las figuras? —preguntó Orson.

—Nada —replicó Xai.

—Me parece bien —aceptó Joc Ferm—. Cuando se hayan seleccionado tres chicas para un hombre, las cartas que le corresponden, si salen a otra de las mujeres, no valdrán; se sacarán cartas hasta formar las tres células completas.

—Yo levantaré la primera carta —dijo Aina, resuelta. Sabía lo que se jugaba. Dentro de sí había despertado un desconocido

sentimiento hacia Joc Ferm y, por contra, había nacido también una viva sensación de rechazo hacia Orson.

—Si sacas un cuatro, un cinco o un seis, te prometo Aina que tú y yo lo pasaremos muy bien. Vamos a tener los descendientes más inteligentes de toda la galaxia.

Aina no dijo nada. Levantó un naipe, lo puso boca arriba y Xai hizo la lectura del mismo.

—Un as, te quedas con Joc Ferm.

—Ahora cojo yo —dijo Mistela.

Orson se había como reconcentrado. Cuando Mistela sacó su naipe, se quejó.

—Un cuatro, me ha tocado la llorona.

—¡Yo no quiero quedarme con ese hombre! —protestó Mistela.

Aina, tajante, silabeó:

—Tú irás con él aunque sea al núcleo del planeta.

Mistela apretó los labios pero no osó replicar.

Las últimas en escoger fueron Lupia y Denia.

—A mí me ha tocado ir con Xai —dijo Denia, satisfecha.

Orson no parecía demasiado feliz con el desenlace, pero como el juego lo había propuesto él mismo, tuvo que aceptarlo y someterse a sus resultados.

—Bien, ya hemos formado los grupos de cuatro, tres mujeres y un hombre en cada grupo. La descendencia está asegurada aunque haya bajas.

—Ahora nos dividiremos el trabajo. Cada grupo, por sí mismo, debe poder controlar la cosmonave sin ayuda de otro grupo y mientras dos trabajan, siempre habrá un grupo en período de descanso.

—Yo quiero ser el primer grupo que baje al planeta —dijo Orson.

—Está bien —aceptó Joc Ferm.

—Yo no quiero volver a bajar —protesto Mistela.

—Tú irás con él —le dijo Aina—. Este no es ningún juego, se trata de la labor de tres equipos de supervivencia.

—¿Y si me niego? —preguntó Mistela.

Joc Ferm intervino para puntualizar.

—El que se niega a colaborar con los demás miembros que componen la tripulación y comunidad de una cosmonave es

arrestado y sometido por indisciplina a un severísimo juicio. El que se niegue a colaborar con los demás, sea quien sea, ya que como ha dicho Aina esto no es un juego, será descendido al planeta y abandonado a su suerte en un lugar donde haya agua y vegetación. Podrá sobrevivir, pero quedará fuera de la pequeña comunidad que formamos.

—Ya lo has oído, Mistela —dijo Aina con firmeza—. Si no quieres ser abandonada a tu suerte en un bosque de este planeta, será mejor que te integres en tu grupo y colabores.

Mientras recogía los naipes, Joc Ferm dijo bien claro:

—Que nadie se crea con más autoridad que los otros para poder abusar. Esto va por ti especialmente, Orson.

—¿Y tú no vas a abusar?

—Yo no pienso abusar de nadie, pero que quede bien claro que sigo siendo el comandante, te guste o no. Las hijas de Kolan no tienen por qué ceder a nuestros deseos sexuales salvo que ellas lo deseen también. No olvides, Orson, y tú tampoco, Xai, que la violación de una mujer a bordo de una cosmonave o en viaje interplanetarios, tiene una pena muy severa.

—¿Es que te has erigido en protector de las mujeres? —preguntó Orson, resentido pero con una risa ronca.

—No se trata de que sea el protector de las hijas de Kolan, si no de que hay unas normas para los viajes espaciales y a ellas nos someteremos todos. Es la única forma de no crear un caos que nos pierda a todos.

—Si no las hubieras subido a bordo —le reprochó Orson— ahora no tendríamos tantos problemas. No estaríamos aquí sin energía, a punto de iniciar una nueva civilización como si fuéramos cavernícolas.

—De ese tema ya hemos hablado demasiado, Orson. Espero que se te ocurran nuevas ideas, de lo contrario tendré que pensar que te estás volviendo demasiado rollista.

CAPÍTULO XII

Las lecciones de control, pilotaje y mantenimiento estaban resultando exhaustivas. Las horas se hacía agotadoras, todos tenían que trabajar al completo de dedicación.

Los tres terrícolas, como maestros, y las nueve mujeres, como alumnas, ansiosas de aprender cuanto se les enseñaba, aunque algunas de ellas se hallaban al borde del desánimo, pensando que todo aquel esfuerzo de aprendizaje no les iba a servir de nada.

—Una hora de descanso —dijo Joc Ferm.

Las tres muchachas se marcharon hacia las duchas. Pensaban que un intenso remojón podía proporcionarles un buen descanso. En las tres últimas horas habían recorrido la cosmonave varias veces de arriba abajo, aunque las principales y más extensas lecciones las recibieron en la sala de control.

Joc Ferm se dejó caer en la butaca, también él estaba cansado.

Había tratado de introducir en las mentes de las muchachas todo el complejo sistema que movía y hacía funcionar la cosmonave terrícola *Gloc-Gloc*, claro está que tenían la ayuda del ordenador. Cualquier pregunta podían hacérsela a él y les daría la respuesta, desde el sentido direccional en que debían enroscar un tornillo a pasar por pantalla un programa de entretenimiento.

—¿Cansado?

Se volvió. Junto a él estaba Aina que le traía un vaso de bebida refrescante. Joc Ferm la miró, la tomó de los dedos femeninos y dijo, sincero:

—Gracias.

—¿Te apetecía?

—Sí, estoy cansado, muy cansado.

—Un duchazo relaja.

—Luego iré, cuando vosotras estéis listas.

—Yo he sido la primera, he estado poco tiempo bajo el agua pero me siento mucho mejor.

—Menos mal que estáis preparadas.

—¿Para aprender?

—Sí. Pese al esfuerzo por el apremio de tiempo, habéis aprendido rápido, estáis muy bien dotadas para aprender.

—¿Crees que podremos realizar bien el trabajo que hacéis vosotros?

—Perfectamente. En vuestra civilización de Kolan no estabais tan lejos de la civilización terrícola en cuanto a tecnología se refiere, la prueba es que habéis asimilado con rapidez lo que se os enseña.

—Será porque los principios cosmo-matemáticos y físicos son los mismos, aunque en muchas ocasiones difieran las nomenclaturas.

—Esos son detalles sin importancia, es como aprender el vocabulario de otro idioma, unos nombres por otros, pero las reglas de las proporciones y de los esquemas físicos, químicos, matemáticos y biológicos son los mismos.

Bebió y miró a los ojos de Aina. Esta se le había colocado delante y le abría la camisola dejando al descubierto su torso velludo.

Joc Ferm la dejó hacer, la miraba sin decirle nada. Era ella quien se le aproximaba. Sintió los dedos femeninos sobre su tórax, unos dedos que se pasearon sobre sus músculos relajados, se ensortijaron en los rizos del vello y buscaron los pezones de sus tetillas para pellizcarlos traviesamente.

Dejó que ella posara los labios sobre su piel. Los besos se esparcieron por su cuerpo y dejó que le liberara de la ropa en la medida y el deseo que ella misma marcaba.

Joc Ferm se tragó el líquido refrescante que ella le había servido.

Tenía a Aina arrodillada entre sus piernas. Le tomó el rostro con las manos, la alzó y la besó en los labios.

—Aina, tus ojos no parecen tus ojos, no son las pupilas que he visto hasta ahora, han cambiado. Tu piel es más sonrosada y parece tener más calor.

—He aprendido mucho de vuestra literatura terrícola. He leído

muchos sentimientos en los teletextos, ahora os comprendo mejor y a la par he descubierto en mí misma sensaciones que creía que las hijas de Kolan éramos incapaces de experimentar.

—¿Y qué es lo que sientes ahora?

—No sé describirlo —confesó con voz enronquecida, una voz que demandaba algo, como si estuviera sedienta en el desierto.

Joc Ferm le abrió las ropas y besó sus pechos, notó que se estremecía bajo sus labios y sus manos.

El suelo les acogía con una dureza que ellos no notaban ya en sus cuerpos. Los besos y las caricias se entremezclaron, ambos perdieron la noción del lugar y del tiempo. Ya no eran seres desconocidos pertenecientes a distintas civilizaciones, eran una sola cosa. Ambos deseaban que aquellos juegos se prolongaran tiempo y más tiempo. Los segundos eran siglos, los colores cegadores, los sonidos, gemidos de placer, palabras ininteligibles. El aire semejaba insuficiente para sus pulmones.

Aina siempre había creído que apenas existía el gozo del amor heterosexual, que la unión de hombres y mujeres estaba basada única y exclusivamente en la procreación, mas ahora descubría en su piel, en sus sentidos, en sus labios, en sus ojos, en los pezones de sus mamas, en su sexo mismo, que ya no pensaba en procreación ni en nada que no fuera amar y ser amada. Todo lo demás dejaba de existir en aquellos momentos maravillosos. Todo era ahora visceral y sensitivo, no había lugar para racionalidades. Era el amor entre dos seres y con toda la grandeza de esa unión ardiente y agitada.

* * *

El inventor e investigador Plaudio había estado juntando minúsculas partículas, muchas de ellas carbonizadas, gracias a unas pinzas y a un microscopio. Al fin, gritó:

—¡Ya lo tengo!

Observó y escrutó con mucha atención y la satisfacción del que ha conseguido la meta propuesta.

La hormiga voladora apareció en la pantalla, muy visible y perfecta. Al lado había unos hilos oscuros.

Dejó el laboratorio que se había montado y corrió hacia la salida de mandos. Encontró a Aina sentada en la butaca de mando, parecía muy segura y satisfecha de sí misma. Sus ojos brillaban más intensamente, sus mejillas tenían más color. Allí dentro, el aire olía

distinto, olía a placer, a humanidad, a supervivencia.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tiene, Plaudio?

El viejo inventor miró a un lado y a otro.

—¿Dónde está el terrícola?

—¿Joc Ferm?

—Sí, claro. Xai duerme y Orson, con su equipo, está con la lanzadera buscando mineral energético en el planeta.

—Está en las duchas.

—¿Tardará en volver?

—No creo.

—Tengo algo muy importante que comunicarle.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó el propio Joc Ferm que acababa de entrar en la sala. Ambos le miraron con atención. Plaudio, nervioso, dijo:

—Venid a mi laboratorio.

—¿Qué ha inventado ahora? —preguntó Aina.

—No he inventado nada, he descubierto algo que ya intuía.

Siguieron a Plaudio al pequeño laboratorio que se hallaba en el hangar. Allí había montado todo su instrumental con lo que había podido obtener en el almacén de mantenimiento.

—¡Aquí está! —exclamó, señalando la pantalla.

—No veo nada —observó ella.

—Claro, claro, está la luz apagada. —Encendió la pantalla e inmediatamente apareció lo que había descubierto.

—Es una hormiga voladora —observó Joc Ferm—. ¿La capturó cuando atacaron a Bora?

—No. Esa hormiga voladora es una reconstrucción conseguida a base de juntar micropartículas con paciencia infinita. Yo sólo encontré polvo carbonizado.

—Si no se explica mejor... ¿Qué sucede con esa hormiga voladora?

—En este planeta hay hormigas voladoras que además son carniceras.

—Lo sabemos. En el planeta Tierra existen muchas clases de hormigas. Las hay vegetarianas, carniceras y también voladoras.

—Pero no son como estas —puntualizó Plaudio.

—Es de suponer que no —dijo ahora Aina—. En Kolan también

tenemos hormigas y serán distintas a éstas.

—Sí, son distintas. Estas hormigas voladoras son inteligentes y evolucionadas.

—En el planeta Tierra siempre hemos sabido que las hormigas tenían una cierta inteligencia, por ello montaban sus nidales en forma social, demostrando capacidad para la vida en comunidad y para la construcción de nidales perfectos.

—Estas hormigas son más evolucionadas —insistió Plaudio—. Son evolucionadas como nosotros y en ciertos aspectos, diría que incluso más.

—¿Por qué ha llegado a esa conclusión? —preguntó Aina.

—Las hormigas taponaron las toberas del vehículo lanzadera, por eso no se podía poner en marcha. ¿Lo recuerdas, Joc Ferm?

—Sí, costó ponerlo en marcha.

—Se puso en marcha cuando la energía las abrasó y carbonizó, lanzando al exterior el tapón. Los restos que yo he encontrado en el borde de la tobera y al limpiar el monofaro me han permitido reconstruir lo que ahí vemos.

—Bueno, cabía la posibilidad de que esas hormigas voladoras, al ver el agujero de la tobera, creyeran que era un lugar apto para esconderse.

—No, no fueron a esconderse si no a taponar la salida de gases y energía para impedir que el vehículo se moviera. Son inteligentes, lo mismo que cegaron el faro. Sacrificaron millares de hormigas voladoras en la operación de cegado de la tobera para salirse con la suya, pero no lo consiguieron, aunque sí lograron tapar el monofaro y lo hicieron poniéndose unas encima de otras sobre el monofaro para impedir que la luz se filtrase entre ellas. Lo más curioso es que segregan un hilo como si fueran orugas que elaboran su capullo. Por la memoria didáctica de vuestro ordenador terrícola he podido observar que en el planeta Tierra los gusanos llamados orugas hacen la misma labor y que hay otros animales, como las arañas, que segregan hilos que tienden por donde les apetece.

—¿Quiere decir que segregaron un hilo con el que taparon el monofaro? —preguntó Joc Ferm interesado.

—Sí, yo mismo lo limpié, aquí hay un pedazo. Lo he sometido a diversas pruebas con resultados fantásticos, por eso me he encerrado tanto en mi laboratorio. Quería llegar a descubrir cual

era el misterio de todo esto.

—¿Y a que conclusiones ha llegado? —preguntó Aina.

—Que segregan hilo mientras efectúan una extraña y mortal metamorfosis.

—¿Mortal metamorfosis? —repitió Joc Ferm, extrañado.

—Sí, segregan hilo hasta que ellas mismas desaparecen, sólo les queda parte de la cabeza, lo he descubierto en la tela. Fijaos.

Puso la tela al microscopio y en la pantalla, tras ajustar los aumentos, pudieron ver el entrelazado de la tela orgánica fabricada con hilo segregado por la hormiga.

—Fijaos en ese punto...

—Ya lo vemos —asintió Aina.

—Ahora aumentaré el poder de la lente, fijaos —pidió Plaudio.

—¡Es cierto! —admitió Aina—. Es parte de la cabeza de una hormiga.

—Ellas mueren en esta segregación. Reciben la orden de convertirse en tela y comienzan a segregar hilo y a entrelazarlo en unión de otras que hacen exactamente la misma labor. Todas las que tienen la misión de hacer tela, se sacrifican, lo cual tampoco importa demasiado, pues poseen una capacidad de reproducción fantástica. Cada hora pueden nacer millones de esos seres.

—¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó Joc Ferm, ceñudo.

—Sí, ¿por qué ha dicho que son inteligentes?

—Tienen una inteligencia en masa, no individualmente. Los gigantes que vimos no eran tales gigantes. Unidas unas a otras, ellas pueden tomar la forma que deseen y revestirla con su maldita tela. Esos gigantes eran hormigas voladoras pegadas unas a otras sin que pudiéramos notarlo a simple vista.

—¿Cómo puede demostrarlo? —preguntó Aina, un tanto asustada.

—Aumentando la grabación.

En la pantalla apareció uno de los gigantes. El profesor fue concentrando la imagen hasta que pudieron ver la boca del gigante y observaron que por su parte casi interior los labios eran hormigas que movían ligeramente las alas y lo mismo ocurría con los ojos.

—Es cierto —admitió Joc Ferm—. Son un pueblo de hormigas inteligentes en sociedad y capaces de tomar las formas que quieran aunque sean formas burdas. Seguramente tomaron una forma

humana, pero en tamaño superior para asustarnos.

—Exactamente —corroboró Plaudio a Joc Ferm—, pretendían asustarnos.

Aina opinó:

—En vez de asustarnos podían habernos atacado.

—Esas hormigas voladoras, que en singular no son nada y que unidas forman una inteligencia muy peligrosa por lo agresiva, se han dado cuenta de que poseemos un arma mortal para ellas.

—¿Cuál? —preguntó Aina.

—¿El ultrasonido? —inquirió Joc Ferm.

—Si, el supra-ultrasonido, eso las mata. Esas hormigas, además, poseen otras cualidades.

—¿Cuáles? —quiso saber Aina, intrigada.

—Pueden pasar largo tiempo en estado letárgico, como secas o criogenizadas; luego se recuperan y actúan de nuevo.

—¿Está tratando de decir que ellas pueden viajar por el espacio hasta otros planetas? —preguntó Joc Ferm con el ceño fruncido.

—Eso es lo que me temo —opinó Plaudio—. De momento no lo he podido comprobar, pero creo que esas hormigas agrupadas pueden abandonar este planeta y desplazarse a otros. He estudiado su tela que deja pasar una banda de luz ultravioleta e infrarroja. Al cubrir algo con esa tela, las radiaciones estelares la traspasan y se transforman en radiación infrarroja; que luego no puede escapar.

—¿Quiere decir que pueden convertirse en un panel solar? —preguntó Joc Ferm, cada vez más interesado.

—Si, eso es lo que estoy tratando de decir. Ellas llegaron hasta Kolan y comenzaron a tejer una tela que cubrió todo el planeta, quitó la luz y recalentó el planeta rápidamente. Una vez recalentado, comenzó la evaporación del agua, la descompensación, y se sucedieron los cataclismos que hicieron brotar el magma. Ellas destruyeron el planeta Kolan colocándole esa especie de funda que fabricaron con el hilo que segregan. Esa es la solución a los enigmas de destrucción.

Aina y Joc Ferm se miraron, incrédulos. Fue Aina quien dijo:

—Imposible.

—¿Por qué imposible? —preguntó Plaudio, desafiante.

—¿Se da cuenta de las hormigas que harían falta para hacer una funda completa a un planeta?

—¿Y acaso sabes a qué velocidad se reproducen esas hormigas voladoras? ¿Sabías que este planeta está totalmente hueco y que constituye en sí mismo un nidal? ¿Que se mueve en el espacio y no en forma fija como habíamos pensado, si no que se traslada en la dirección que desean sus habitantes, las hormigas voladoras?

—Imposible —rechazó ahora Joc Ferm.

—También lo creía yo. He tenido conversaciones con Xai y los aparatos sensores no están rotos, funcionan. Este planeta está hueco y todo su interior es un nidal de miríadas de trillones de hormigas voladoras que se preparan para saltar sobre el próximo planeta y cubrirlo con el hilo que se entrelaza hasta formar una tela que asfixia y recalienta al planeta hasta destruirlo.

—¿Y por qué destruirlo? —preguntó Aina.

—Esas hormigas voladoras deben ser seres con visión de futuro. Atacan planetas vivos, planetas a los cuales ellas dejan sin vida, pero por la situación en que se halla la vida biológica, confían que se reproducirá y podrán volver a habitarlos en el futuro. Preparan planetas aptos para ser ocupados por ellas. La concepción del tiempo para esos diminutos seres debe ser muy distinta que para nosotros. Además, a ellas no les importa sacrificar miles de trillones de seres porque se reproducen y tienen el futuro asegurado. Como seres individuales no son nada, pero sí en sociedad unitaria. Ellos no son seres con derechos si no con deberes; nacen, crecen, cumplen con su cometido y mueren. Son como células de nuestros cuerpos.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Joc Ferm, impresionado ante todo lo que acababa de oír.

—Es tan fantástico que parece imposible de creer, pero tal como lo explica Plaudio, es la solución a los enigmas de la destrucción.

—Si no encontramos pronto la energía que nos hace falta para escapar de aquí, terminarán por atacarnos. Esas hormigas voladoras poseen todavía más poderes de los que yo he conseguido descubrir.

—Es pavoroso pensar que éste sea un planeta hueco y todo su interior sea el más gigantesco nidal de hormigas voladoras que se haya podido imaginar.

—Pero esas hormigas, ¿qué comen, cómo se alimentan?

—Pueden estar en estado letárgico y así no consumen, pero en cualquier momento pueden aparecer nubes y más nubes negras.

Serán ellas quienes las formen y si eso ocurre… Entonces, nuestros minutos estarán contados.

Los tres miraron de nuevo hacia la pantalla donde había vuelto a aparecer la hormiga voladora.

CAPÍTULO XIII

—¡Socorro, auxilio, no veo nada! —gritaba Mistela, al borde de la histeria.

—Soy Joc Ferm, te oigo perfectamente.

—¡No veo nada, no veo nada! —repetía la joven entre sollozos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Joc Ferm desde la cosmonave *Gloc-Gloc.*

—¡La nube de hormigas…! ¡Orson y Wandia han desaparecido, estaban afuera, han sido devorados como Bora! ¿Qué hago?

—Tranquilízate, te guiaré con el supra-radar hasta aquí.

—¡No llegaré nunca, todo está negro, hay millones de hormigas!

—Primero vas a pulsar el botón 14 «U». ¿Me has comprendido?

—Sí, el 14 «U», lo he entendido.

—Púlsalo y conseguirás ver más. Es supra-ultrasonido que mata a las hormigas voladoras.

Nerviosamente, Mistela pulsó el botón. Al poco, se hicieron unos claros en torno a ella; sin embargo, le habían puesto gran parte de tela.

—¿Y ahora qué hago?

—Tranquilízate, yo gobernaré la lanzadera desde aquí. Mueve hacia la derecha la palanca «tres».

El vehículo lanzadera, sobrecargado con el mineral radioactivo que Orson había conseguido meter a bordo y con la emisión de supra-ultrasonidos a toda potencia, se elevó en el aire.

Las hormigas voladoras le seguían en varios grupos nubosos, parecían furiosas porque muchas de sus compañeras habían muerto.

—Xai, Aina, Plaudio… Hay que preparar la llegada de la lanzadera y evitar que esas malditas hormigas inteligentes se metan dentro de la *Gloc-Gloc*. Si lo consiguieran y procrearan, estaríamos

irremisiblemente perdidos.

—Lanzaremos mucha intensidad de supra-ultrasonido en el hangar cuando llegue la lanzadera, así no quedará ninguna de ellas viva.

—De acuerdo —aceptó Joc Ferm por control remoto guiaba el regreso de la lanzadera al interior de la cosmonave.

La lanzadera, envuelta en la maldita tela segregada, perseguida y con hormigas voladoras pegadas al fuselaje, penetró en el hangar con matemática precisión sin que Mistela tuviera que hacer nada por guiarla, de todo se ocupaba el propio Joc Ferm.

El hangar fue sometido al supra-ultrasonido para que ninguna de las hormigas voladoras que se desprendieron del fuselaje quedara viva. Se presurizó el hangar y salió Mistela sollozando. Aina fue a calmarla.

—Tranquilízate, todo ha pasado.

—¿Plaudio, me oye? —preguntó Joc Ferm.

—Sí, perfectamente.

—Con el traje de protección revise el mineral que hemos conseguido subir a bordo. Vamos a ver la posibilidad de transformarlo en energía sustitutiva.

—De acuerdo, voy por ello.

Xai se reunió con Plaudio para indicarle cuáles eran las técnicas de purificación automática y el microbombardeo de subátomos para el mejoramiento y reducción de tamaño de la materia núcleo-energética.

Empezaron a trabajar con rapidez y eficiencia.

Tenían que escapar a la órbita de aquel planeta que era una horrorosa trampa. El tiempo luchaba contra ellos. A bordo de la *Gloc-Gloc*, todos estaban nerviosos; habían llegado a la conclusión de que las hormigas habían sido capaces de reproducir el sonido de sus voces con los roces de sus alas.

—¡Joc, Joc! —llamó Aina, nerviosa.

Joc Ferm acudió a su lado y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Mira.

Señaló al planeta que les había parecido tan hermoso y que ahora parecía humear terriblemente.

—No es humo —opinó Joc Ferm—. Son las hormigas voladoras

que salen del interior del planeta y vienen a por nosotros. No nos van a dejar escapar.

—¿Qué pueden hacernos? —preguntó Aina.

—Seguramente tratarán de atacarnos capsulándonos. Si les damos tiempo, formarán una tela que nos cubrirá por completo, nos encerrarán en un capullo para que no podamos escapar. Ahora ya sabemos la verdad de los enigmas de destrucción y esa sociedad de hormigas voladoras se ha dado cuenta. Si nos dejan escapar, daremos el aviso a nuestras fuerzas milicianas espaciales que vendrán a destruir este planeta y lo que encierra, tratarán de no dejarnos escapar.

Aquellas hormigas poseían la capacidad de salir de la troposfera de su planeta, estaban preparadas para saltar al espacio con todo lo que ello significaba.

—¿Crees que lograremos escapar?

—No lo sé, Aina, no lo sé.

Joc Ferm se interesó por los trabajos de conversión del mineral radiactivo que era transformado a toda celeridad para ser utilizado.

Xai, nervioso, advirtió:

—Para transformarlo todo necesitaremos treinta horas.

—Pues lo dividiremos en tres fases. Cuando la primera parte, o sea, dentro de diez horas, poseamos un tercio del material núcleo-energético, trataremos de partir y ya de viaje, si es que conseguimos escapar de aquí, continuaremos la transformación e iremos colocando los cartuchos nuevos sobre la marcha.

—Haremos lo que podamos —dijo Xai—. Si en vez de diez horas podemos tardar ocho en el primer tercio de transformación de mineral, lo haremos.

—Magnifico, Xai. Las hormigas voladoras ya están en torno nuestro, capsulándonos, y como se han dado cuenta de que no somos vulnerables como un planeta porque estamos forrados de materiales aislantes, el envoltorio a que nos sometan será muy espeso. Consumirán a trillones de hormigas obreras y guerreras en la fabricación del capullo que tratará de impedir que escapemos de aquí.

Ya no veían nada.

La tela les envolvía por completo, la habían pegado a la propia cosmonave, cegando muchos de sus sensores. Vista desde el

exterior, la cosmonave parecía cada vez más un capullo flotando en el espacio.

—¡Ya está lista y en su lugar correspondiente la primera parte! —advirtió Xai—. No es la mejor energía que hayamos podido tener, pero es energía.

—Mientras consigamos desplazarnos a dos *unispace*, será suficiente —alentó Joc Ferm que aún no estaba seguro de que pudieran salir del diabólico capullo que los envolvía.

Por su forma, la *Gloc-Gloc* no poseía un gran poder de penetración y Joc Ferm lo sabía.

—¡Abandonad la sala de motores, aprisa, vamos a intentarlo!

Se produjo un gran silencio en la cosmonave, el momento de la verdad había llegado.

Con mano firme, Joc Ferm comenzó a pulsar botones y a exigir al ordenador central que proporcionara datos, lo que no hizo con fiabilidad debido al envoltorio que los encerraba, que ahora era de gran espesor.

—Es el momento de la verdad, deseémonos todos suerte —dijo Joc Ferm, hundiendo todos los botones para la ignición de los grandes propulsores.

La cosmonave *Gloc-Gloc* comenzó a temblar, pero no se movía.

Joc Ferm gastó energía con el cañón láser de proa que comenzó a abrir un boquete en el capullo por el que comenzaron a salir de su encierro en medio de grandes, ruidosos y peligrosos rozamientos.

De pronto, como si fueran un proyectil saliendo del ánima de un cañón, saltaron al espacio escapando del capullo formado con los hilos segregados por las hormigas voladoras.

—¡Lo conseguimos! —gritó Joc Ferm.

Hubo un grito unánime en la cosmonave *Gloc-Gloc* y Joc Ferm se abrazó a Aina.

—¡Lo conseguimos! Regresaremos a mi planeta, ahora ya conocemos el misterio de los enigmas de destrucción... Las fuerzas milicianas espaciales vendrán hasta este planeta y lo destruirán, será el fin de esas hormigas genocidas de civilizaciones planetarias.

La besó en los labios, en los ojos. Era volver a la vida mientras una estela de fuego salía por la tobera de los motores de propulsión.

Tenían ya energía para el retorno y no dejarían que ninguna otra civilización fuera destruida por aquellas temibles hormigas

voladoras interplanetarias que acababan de ver cómo la cosmonave *Gloc-Gloc* escapaba a través de los espacios siderales.

FIN